

EOLSI LIBROS  
PRUGUERA

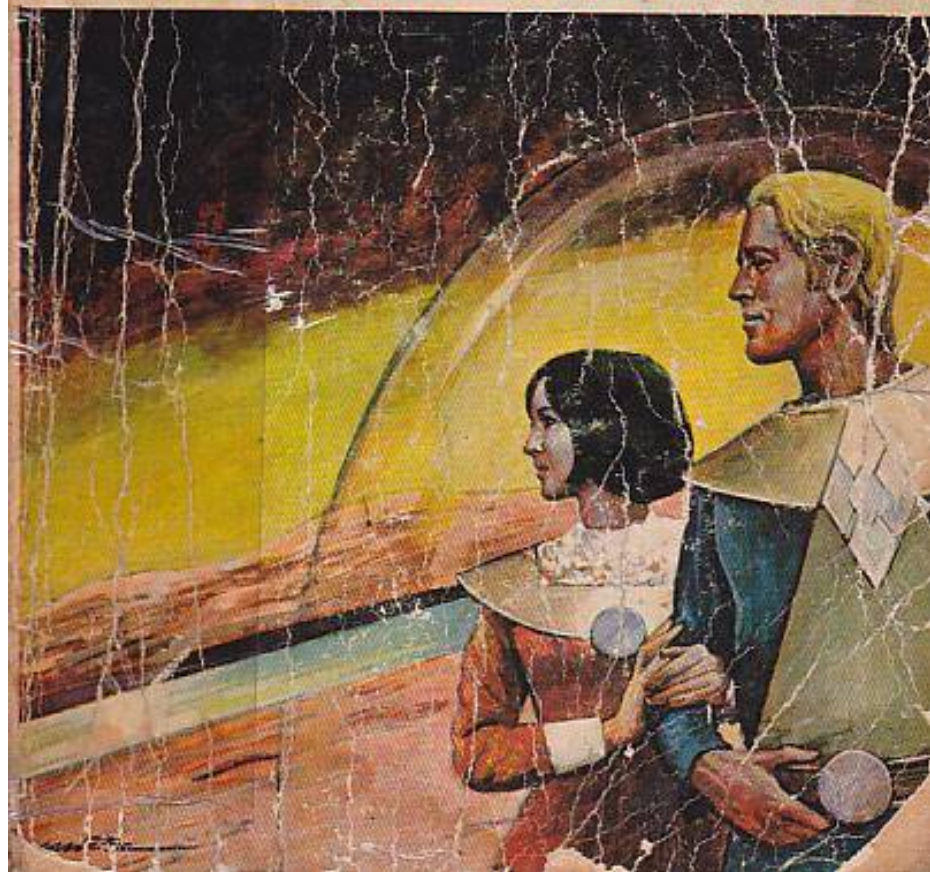
**CIENCIA  
FICCIÓN**

SERIE  
la conquista  
DEL ESPACIO

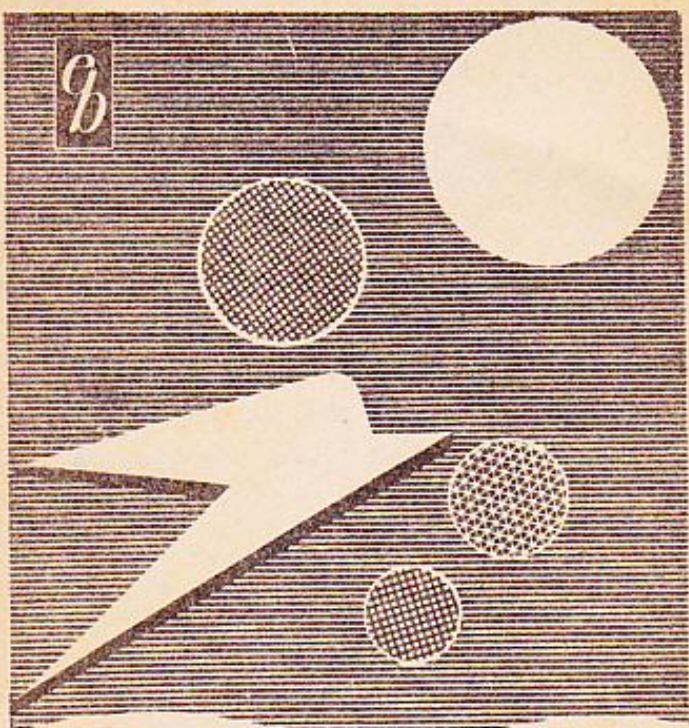
# ULTRADIAMANTES

CLARK CARRADOS

# CIENCIA FICCIÓN







# LA CONQUISTA DEL ESPACIO



# **CLARK CARRADOS**

## **ULTRADIAMANTES**

Colección  
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 205  
Publicación semanal  
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS –  
MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA  
COLECCION

- 200 — *Mi robot, mi chica y yo*. Glenn Parrish.  
201 — *Largo viaje hacia la nada*. Curtis Garland.  
202 — *El gran ojo*. Glenn Parrish.  
203 — *El más astuto de los terrícolas*. Ralph Barby.  
204 — *Titanes de vida eterna*. Curtis Garland.

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.677 -  
1974

Impreso en  
España -  
Printed in  
Spain

1.a  
edición:  
julio,  
1974

© Clark  
Carrados  
- 1974  
texto

© Jorge  
Núñez -  
1974  
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA. S. A. Mora la  
Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas  
que aparecen en esta novela, así como las  
situaciones de la misma, son fruto  
exclusivamente de la imaginación del autor,  
por lo que cualquier semejanza con  
personajes, entidades o hechos pasados o  
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona

—  
1974

## CAPITULO PRIMERO

La invitada se despidió de los anfitriones. Era una mujer joven, hermosa, de rasgados ojos negros y expresión triste. Violeta James había asistido a la fiesta más por compromiso que por reales deseos de divertirse. No obstante, en el transcurso de la fiesta, un buen amigo del anfitrión le había dicho algo que podía resultar interesante para la solución de sus problemas.

Había en efecto —y si no estaba en Marte, no podía tardar en llegar—, un hombre que podía ayudar a Violeta. Tanto el anfitrión como su amigo habían convenido que si no lo hacía aquel hombre, no lo haría ningún otro de los habitantes de Port Nobel, ni siquiera en las restantes ciudades del cuarto planeta.

Violeta había ido ataviada a la fiesta con una especie de mono de color negro, aterciopelado, que dejaba la espalda enteramente al descubierto. El color de su pelo no era menos negro que el de la tela de su vestido.

Ante la puerta de la esclusa, se puso un grueso pero liviano chaquetón, que la cubría hasta más abajo de las rodillas, precaución indispensable, con las bajas temperaturas marcianas. El anfitrión insistió en acompañarla hasta el hotel, distante unos cuantas manzanas, pero ella le hizo desistir con firme cortesía.

Violeta colgó de su cuello la botella con el oxígeno y se ató la máscara. Luego, el dueño de la casa abrió la puerta de la esclusa.

Ella pasó al otro lado. La puerta se cerró y una bomba aspiró el aire, hasta dejarlo a la misma presión que el exterior marciano, la altura del Everest terrestre, poco más o menos. Entonces, se abrió la compuerta externa y Violeta salió de la casa.

La noche era muy fría, pero agradablemente tranquila en

cuanto al viento. Reinaba una absoluta calma en la atmósfera. A su llegada a Marte, Violeta había presenciado, tras las seguras ventanas del hotel, una tormenta de arena y le había parecido un espectáculo grandioso y aterrador.

La fiesta no se hubiera celebrado de haber reinado el mal tiempo. Por eso podía ella caminar ahora por la orilla del Gran Canal.

Debajo de ella, a más de cien metros de distancia, las aguas marcianas que llegaban del Polo Norte, eran un espejo negro, que reflejaba con absoluta nitidez las estrellas que brillaban en un cielo sin una sola nube. En la noche no se podía ver la otra orilla del canal, a unos dos kilómetros de distancia.

El suelo de la orilla era una pendiente casi completamente lisa, de unos cuarenta grados de inclinación. Violeta caminaba a menos de un metro del borde y a unos ciento veinte o ciento treinta del agua que aparecía quieta como un espejo.

Las casas de Port Nobel quedaban a su izquierda, cómodas, espaciadas, con sus jardines protegidos por pequeñas cúpulas, en donde el aire a la presión casi normal permitía el crecimiento de vegetales terrestres. Había flores, cierto, pero era raro el habitante de Port Nobel que disponía de cúpula para su jardín, que no cultivaba las hortalizas en clara mayoría.

Lo cual, se dijo Violeta, además de un ahorro en la comida, permitía siempre verdura fresca que, en definitiva, significaba vitaminas. Entonces fue cuando los dos hombres, en

el punto más  
oscuro, le  
salieron al  
paso.

El ataque fue rápido, centelleante. Violeta no tuvo tiempo de gritar; para ello, además, hubiera debido quitarse la máscara. Los dos sujetos cayeron sobre ella de un modo fulminante.

Uno la sujetó por los brazos. El otro abrió el chaquetón, metió la mano debajo y hacia arriba, agarró el collar y pegó un fuerte tirón, sin hacer el menor caso de los desesperados forcejeos de la joven. A continuación le remangó el brazo izquierdo y se apoderó de un reloj brazaletes de platino y pedrería. Un par de valiosos anillos pasaron también a su poder.

—Listo —dijo, con la voz deformada por la máscara.

El hombre que la sujetaba por los brazos era muy fuerte. De súbito, giró en redondo, a la vez que la levantaba en vilo. Violeta se sintió volar un instante; luego, los brazos del hombre la soltaron y cayó a cinco o seis metros del borde, sobre la pendiente. Dado lo brusco de la acción, Violeta no pudo contener el equilibrio y empezó a rodar.

—Aprisa, larguémonos —dijo el ladrón que se había apoderado de las joyas.

Los dos hombres echaron a correr y se fundieron con las sombras. Violeta rodaba por la pendiente, en la que no había el menor asidero. Su velocidad se aceleraba gradualmente, hasta que llegó un momento en que todo se hizo terriblemente confuso para ella. Entonces fue cuando dejó de ver y oír.

Y un segundo después, el quieto espejo de las aguas del Gran Canal se quebró al ser rota su lisa superficie por el impacto del cuerpo humano.

\*

\*

\*

Aquella misma noche, Rhysman Warndon también había asistido a una fiesta, aunque había sido muy privada, de dos personas solamente: él y su anfitriona. Pero Warndon se había llevado un pequeño chasco; la anfitriona, vista al natural, resultaba menos atractiva de lo que aparentaba. Por si fuese poco, bebía como una esponja.

El resultado fue que, a cierta hora, la anfitriona se quedó completamente dormida, con el estómago lleno de alcohol. Warndon no lo lamentó demasiado. Era un hombre que sabía admitir los fracasos propios. Aquél había sido uno más de los sufridos en el campo sentimental. «Bueno, otra vez tendré más suerte», pensó, filósofo.

Y empezó a equiparse para salir al exterior.

Momentos después fue cuando, a lo lejos, vio a tres personas forcejeando de un modo extraño. La experiencia de Ward Warndon no tardó en decirle lo que sucedía. Ni siquiera Marte, en pleno siglo XXII, se libraba de la plaga de ladrones nocturnos, que había asolado la Tierra desde la aparición de la raza humana.

De pronto, vio que la víctima era lanzada al aire y que caía rodando por la pendiente del Gran Canal. Warndon adivinó al instante lo que podía suceder.

Era un hombre ágil, tremendamente fuerte, aunque a veces se quejaba de que no era demasiado alto. Pero tampoco podía considerársele bajo, con sus ciento setenta y cuatro centímetros de altura. A Warndon le costaba reconocer que, con su anchura de hombros, tenía que parecer a la fuerza menos alto de lo que era en realidad.

Pero su vigor y agilidad, y su mente despejada y de fulminantes reacciones, le habían hecho famoso y no solamente en Port Nobel. Mientras corría hacia el lugar del atraco, se

despojó del chaquetón, que sabía le iba a estorbar en su acción.

Un instante después, emprendía el descenso de la pendiente. Otro cualquiera, se hubiera dejado resbalar, como si fuese una pendiente nevada, pero Warndon no hizo una cosa así, ya que ello le hubiera significado un gran retraso. Bajó corriendo, en una demostración increíble de fuerza y potencia, dando saltos de seis y ocho metros, favorecidos no sólo por la inclinación de cuarenta grados, sino por el tercio de gravedad marciana, que reducía sus ochenta y cinco kilos a veintiocho y algunos gramos.

En la superficie del agua, se veían unas ondas concéntricas que se ensanchaban con lentitud. Las estrellas cabrilleaban en el espejo ahora ondulado. A quince metros del agua, Warndon dio el penúltimo salto; al caer, juntó los pies, flexionó las rodillas y luego distendió como ballestas los músculos de sus piernas.

Entró en el agua como un obús. No se veía nada, pero la experiencia le dijo que el atacado no podía estar lejos. De pronto, tocó una pierna humana.

La temperatura del agua era próxima al cero de la escala centígrada termométrica.

Warndon, remolcando a su presa, nadó hasta alcanzar la superficie. Entonces vio unos largos cabellos, chorreantes de agua, y comprendió que la víctima, ya inconsciente, era una mujer.

No lejos de allí sabía había una escalera, utilizada para abordar las embarcaciones de recreo y de trabajo que abundaban en el Gran Canal. Warndon nadó enérgicamente, alcanzó la escalera y alzó en brazos a la mujer.

Por fortuna, ella había conservado puesta la máscara de oxígeno, lo cual la había preservado de mayores males. Pero en una rápida ojeada, Warndon apreció todo un lado de la cara en carne viva y también vio colgajos de cuero cabelludo. La pendiente de la orilla del canal no era agradable para

resbalar por ella, pese a su aparente lisura.

También notó una postura rara en uno de sus brazos. Y quizá padecía lesiones internas; bajar rodando durante ciento veinte o más metros y sobrevivir, era algo que lindaba con el milagro.

Ya en tierra firme, Warndon cargó con la desconocida y empezó a subir las escaleras, dispuesto a buscar el hospital de Port Nobel.

Una hora más tarde, mientras se secaba frente a un radiador de aire caliente, recibió información sobre el estado de la víctima.

—Se le podrá restaurar el rostro medio borrado —dijo el galeno—. También arreglaremos su pelo, de modo que, por esa parte, no hay cuidado. Pero tiene un brazo roto por dos partes y un tobillo convertido en polvo o poco menos. Un par de costillas rotas, la pantorrilla derecha en carne viva por la parte de atrás... y el *shock*, claro.

—Saldrá adelante, supongo.

—Oh, sí, aunque la convalecencia no será corta. Ni barata. —El médico rió—. Pero la señorita James no es persona que se preocupe de minucias de dinero.

—¿James? —repitió Warndon.

—Violeta James. ¿La conoce usted?

—Me suena, simplemente. Bueno, doctor, ahora me siento más tranquilo. Ya he declarado ante el jefe de la patrulla nocturna, de modo que he terminado. Gracias por todo, doctor.

—A usted, en nombre de la señorita James —contestó el galeno.

Cuando salió del hospital, Rhysman Warndon estuvo a punto de lanzar una carcajada. El destino, se dijo, tenía sus ironías a veces. Una de ellas era que él hubiese tenido que salvar la vida a la hija del hombre a quien más odiaba.

Pero su labor, pensó, no quedaría completa si no terminaba el trabajo de salvamento, que le parecía inconcluso aun habiendo llevado a Violeta personalmente al hospital. Antes de hacer nada, sin embargo, tomó sus precauciones.

A Theodor (Kid) Vitus no se le podía visitar cuando Dingo Leffin estaba a su lado. Había que buscar el momento propicio y llegó cuando Leffin salió de la casa donde vivía Vitus.

Los otros secuaces de Kid tenían poca importancia para Warndon. Pero tuvo la suerte de que Vitus estuviera solo.

—No contaba con su visita, capitán —dijo Vitus, con su habitual sonrisa untuosa, mientras se frotaba las manos de un modo inequívoco—. Viene a pedirme un préstamo, supongo.

Warndon echó a la cara el humo de su cigarro.

—Vengo a buscar un collar, un reloj brazalete de platino y diamantes y dos anillos — contestó—. Ah, y el día que necesite un préstamo, iré a Ewil McCudden. Es escocés, pero honrado, lo que significa que, si percibe altos intereses, proporciona la mercancía en perfectas condiciones, cosa que no se puede decir de ti, Kid. Bien, ¿ qué hay de las joyas ?

Vitus soltó una risita.

—No sé de qué me estás hablando...

—La silueta de Leffin es inconfundible. Lo vi anoche cuando robaba a la señorita James. Hubo un momento de silencio. Vitus ya no sonreía.

—Escuche, capitán —dijo de pronto el prestamista—; usted está en mala situación. Le daré mil solares y olvidará...

—Las joyas —  
cortó Warndon  
fríamente.

Vitus se echó

hacia atrás.

—No sé de qué me está hablando —dijo, ahora en claro tono de desafío.

Aquellas actitudes dejaban frío a Warndon. Un segundo después, empezó a moverse. Cinco minutos más tarde, Theodor (Kid) Vitus, yacía por el suelo, con la cara morada y

sangrante y las posaderas poco menos que en carne viva. El instrumento que había

«calentado» el trasero del prestamista era la pata de una silla, convenientemente despiezada por el visitante.

Otros cinco minutos después, Warndon tenía las joyas en su poder.

—Me las pagarás —gimió Vitus, espumeando sangre por los labios partidos de un solo y certero golpe.

—Ja, ja —dijo Warndon, muy serio.

Aquel mismo día, se recibió en el hospital de Port Nobel un paquetito, con la siguiente inscripción:

*Para entregar a miss Violeta James,  
cuando recobre el conocimiento*

## CAPITULO

### II

El último análisis dio un resultado desconsolador. Lleno de furia, Rhysman Warndon agarró el pedrusco que acababa de arrancar de la roca y lo tiró a lo lejos con toda su fuerza.

Fue un gesto impremeditado, hecho con un completo olvido de la tercera ley de Newton. El pedrusco salió volando por el espacio y se perdió de vista en pocos segundos. Pero, al mismo tiempo, a causa del empuje en sentido opuesto provocado por su acción, Warndon se elevó también en el espacio.

Su suerte fue que era un hombre prevenido, pese a algunos esporádicos arranques de genio. Estaba anclado al asteroide y, agarrándose a la cuerda, consiguió descender nuevamente al suelo.

«No quiero perder más el tiempo», se dijo.

Había pasado cuatro meses infernales en aquel pedrusco, tratando de encontrar algo que le sacase de su miserable situación. El asteroide medía poco más de quinientos metros de largo por doscientos de ancho y casi otro tanto de grueso.

Algunos habían conseguido verdaderas fortunas en el cinturón de asteroides. Warndon recordaba el caso de un amigo suyo, que había hallado, y demarcado, un asteroide de níquel casi puro. Ahora, su amigo se dedicaba al dulce placer de gastar el dinero que le llegaba del espacio.

Otro, había encontrado oro en cantidades mareantes. Warndon sabía de algunos más, que habían hallado incluso hasta diamantes. Pero su trabajo de cuatro largos meses no le había rendido apenas nada.

—Me vuelvo a Port Nobel —decidió, harto ya de aquel maldito pedrusco espacial.

Una semana después, entraba en casa de Ewil McCudden. Llevaba en las manos un saco y lo dejó en el suelo, junto a la mesa del prestamista.

—En peso terrestre, hay Casi doscientos kilos de mineral

—anunció—. Ahí, dentro de ese saco, está todo el oro del RK-127.

McCudden le miró de hito en hito. Era un hombre de mediana edad, casi calvo, en cuyo rostro casi triangular sobresalían, como rasgos fisonómicos principales, una nariz ganchuda y unos ojos pequeños, pero tan penetrantes como si fuesen dos tubos de Crookes.

—¿Cuál es la proporción? —inquirió el prestamista.

—Puede que consigas dos o trescientos gramos, no más.

Echa cuentas tú mismo, Ewil.

¿Necesitas un empleado durante cinco años, para pagarte todo lo que te debo?

McCudden no contestó por el momento. Estaba haciendo cuentas con lápiz y papel.

—Pongámonos en lo peor; los mineros del espacio siempre sois demasiado optimistas

—dijo al cabo—. Obtendré cien gramos de oro. La cotización actual es de cuarenta solares. Pero el trabajo de refinado y demás, se me llevará mil, por lo menos.

—Eso significa que te quedarán limpios tres mil solares.

—Sí. —McCudden se echó hacia atrás—. Sin contar intereses, la deuda que tienes conmigo es de ochenta y nueve mil doscientos veintisiete solares.

Warndon sonrió de mala gana.

—Siempre dije que eras una calculadora andante —  
masculló.

—Voy a redactar un documento —anunció el prestamista—. Cancelaré tu deuda, a cambio de la mitad de lo que obtengas en tu próximo viaje espacial.

—No voy a volver al espacio...

—Estás equivocado. Volverás al espacio y me darás la mitad de lo que ganes. ¿Cómo andas de dinero, Rhys?

—Sin blanca —contestó Warndon maquinalmente. De pronto, exclamó—: Eh, ¿es que vas a prestarme más dinero? No seas loco, Ewil...

Impasible, McCudden abrió una gaveta y extrajo de la misma diez billetes de a cien solares.

—Tu deuda queda aumentada ahora a noventa mil doscientos veintisiete solares', más intereses —dijo—. Y ahora, espera un minuto, mientras redacto el documento. Con dos copias, por supuesto; cuyas firmas autentificará más tarde el registrador jurado de Port Nobel.

Warndon miró oblicuamente al prestamista.

—Ewil, muy seguro estás de que he de volver al espacio —dijo.

—Si —contestó McCudden lacónicamente.

\*

\*

\*

Desde la casa de McCudden, Warndon había reservado por videófono una habitación en el Imperial Hotel. Cuando abrió la puerta de su habitación, pensó en que el prestamista no le había dicho aún una sola palabra sobre su próximo viaje al espacio.

El hotel era uno de los pocos edificios de cuatro plantas de Port Nobel. La ciudad se extendía por la llanura marciana y, como había sitio de sobra, estaban prohibidos los edificios altos, salvo hoteles y otros destinados a uso público. Precisamente porque había sitio, la mayoría de las casas

habían sido construidas cerca de la orilla del Gran Canal, que aseguraba un inagotable suministro de agua a la población.

La vista sobre el Gran Canal era fantástica. El canal se extendía de norte a sur, abrumadoramente recto, hasta perderse en la lejanía por ambos extremos. De orilla a orilla había dos kilómetros largos y, durante el día marciano, eran innumerables las embarcaciones que surcaban las aguas, tanto comerciales como de recreo.

Warndon entró en su habitación, preocupado por la actitud del prestamista. Lanzó su bolsa de viaje sobre la cama y se dispuso a quitarse el grueso chaquetón de abrigo. La máscara de oxígeno colgaba de su cuello.

De pronto, se quedó inmóvil, con el chaquetón apenas desabrochado. Delante de él, sobre una mesita, acababa de ver un papel.

Lo reconoció casi en el acto. Era el mismo que había escrito casi seis meses antes, para acompañar a las joyas devueltas a su dueña.

El mensaje decía:

«Kewiston M. James es la persona a quien más odio en este mundo, pero considero que los hijos no tienen la culpa de lo que hacen sus padres. Le deseo un pronto restablecimiento.

»Sinceramente suyo,

»R,  
Warndon.»

Warndon se quedó desconcertado. ¿Cómo diablos había llegado aquella carta al hotel? Una voz femenina sonó de pronto a su izquierda:

—Celebro, al fin, poderle dar las gracias personalmente, capitán Warndon.

El hombre se volvió. Casi gritó de asombro al ver a Violeta James, apoyada indolentemente en el marco de la puerta del baño, sonriéndole de un modo agradable, pero también perturbador.

Ella vestía ahora un mono de color rojo cardenal, terriblemente ajustado a su esbelta anatomía, sin tela en los brazos ni en la espalda. El conjunto resultaba altamente sugestivo, si a ello se añadía la blancura de la piel y el intenso color negro del pelo, peinado en un sofisticado moño que se elevaba casi treinta centímetros sobre la frente.

—No contaba verla aquí nuevamente —dijo Warndon, una vez recobrado de la sorpresa—. Pensé que habría vuelto a la Tierra, a concluir allí su convalecencia.

—En Port Nobel hay buenos médicos. ¿Para qué hacer un viaje a la Tierra? Pero, ¿no

me  
invita  
a  
beber,  
capitán?

Rhysman Warndon se sacudió un poco. Luego destapó una de las botellas que había sobre la mesa y llenó dos copas. Violeta se le acercó, ondulando como una serpiente roja, blanca y negra.

—Por el hombre que me salvó la vida —brindó.

—Yo diré lo que digo siempre en estas ocasiones: por una mujer hermosa.

—Me mira con buenos ojos, capitán —rió Violeta—. Tal vez me mirase de otro modo, si conociese mis verdaderas

intenciones,

—¿Me va a seducir?

Ella se puso repentinamente seria.

—Conozco su fama con las mujeres, capitán —respondió—. No dudo de que esté merecida, pero debe saber cuanto antes que estoy enamorada de otro hombre.

—¿Y por qué no se ha casado con él?

—Simplemente, porque no está en Marte. Estaría aquí o en la Tierra, de no haber contado con la resuelta oposición de mi padre.

—Ah, el buen Kewiston James —dijo Warndon riendo amargamente—. Le conozco. Demasiado, y no por nada bueno.

—Conozco su historia, capitán, y sé que tiene motivos para odiar a mi padre. Pero, ¿no es usted el que escribió eso de que los hijos no tienen la culpa de las barbaridades de los padres?

—Lo admito, aunque me cuesta comprender que una mujer de espíritu independiente como usted no haya podido casarse aún a los veintisiete años...

—¡Veinticuatro, capitán! —exclamó ella, sulfurada.

—Bueno, veinticuatro. —Warndon se encogió de hombros—. Diez años más o menos no tienen importancia. De modo que no ha podido casarse con su enamorado porque su padre...

—Nos hubiéramos casado, si Phil no se hubiera empeñado en hacer algo punto menos que imposible. Pero no quiso llegar a mí con las manos vacías.

—Ah, claro, la clásica historia del chico pobre, pero honrado, que se enamora de la

joven hermosa y rica, y que se marcha por el mundo, en busca de una fortuna para ponerla a sus pies.

—Es usted muy sarcástico, capitán. Me pregunto si no me ha traspasado a mí el odio que siente hacia mi padre.

—No diga tonterías —bufó él—. Usted no es culpable... Oiga, los médicos han hecho una buena tarea en su cara y en su cuerpo. La han dejado como nueva.

—Me siento igual que antes del atraco. Por cierto, los autores no han aparecido, pero usted pudo encontrar las joyas.

—Lo vi de lejos y me di cuenta de que la lanzaban al canal. Reconocí a uno de ellos, aunque, como comprenderá, en aquellos momentos me interesaba mucho más ver de salvar la vida a la persona asaltada.

—Nunca se lo agradeceré bastante —declaró Violeta—. Debo admitir que estoy viva gracias a usted. Las joyas son muy valiosas, pero no importan tanto como la propia vida. Pero si conoció a uno de los ladrones, ¿cómo no lo denunció después?

—Faltaban las pruebas. Aunque encontré las joyas, el que las tenía hubiese alegado que desconocía a los vendedores. Y habiendo recobrado las joyas, lo otro ya no tenía tanta importancia.

—Es cierto —admitió ella—. Bueno, capitán, hablando sinceramente, debiera ser yo la que le devolviese el favor de alguna manera, pero resulta que tengo que pedirle otro.

—¿Si?

—Quiero encontrar a mi prometido. Usted me ayudará a conseguirlo.

—¿Dónde está?

—En Okunor-2.

Warndon tenía la copa en la mano. Violeta le miraba por encima del borde de la suya y aguardaba expectante la respuesta.

Durante unos segundos, sólo hubo un espeso silencio en la

habitación. Warndon lo rompió al fin.

Y pronunció una sola palabra:

—No.

Violeta no se inmutó.

—Esperaba su respuesta, capitán.

—Sí es así, ¿por qué ha venido a verme?

—Para darle las gracias, en primer lugar; y después, para pedirle que me lleve a

Okunor-2.

—Agradezco que haya venido a darme las gracias, aunque la frase sea una redundancia, pero no cuente conmigo para llevarla a ese planeta.

—Puedo obligarle, Rhys —dijo ella, con fingida dulzura.

—No veo cómo —respondió Warndon, muy rígido.

—Debe a McCudden unos noventa mil solares...

—Ah, maldito traidor —exclamó el joven, comprendiendo ahora los motivos por los cuales McCudden le había hecho firmar un documento que casi lo convertía en su esclavo para cinco años.

—Y el señor McCudden —añadió Violeta, tras una leve interrupción— está dispuesto a endosarme el documento de reconocimiento de deuda, con todas las implicaciones

legales que ello lleva consigo.

—No me extrañaría en absoluto. McCudden es honesto, lo que no significa que no ame el dinero tanto como se ama a sí mismo.

—Le he ofrecido el importe de la deuda, más los intereses durante cinco años, más cincuenta mil solares de bonificación. Me dio un beso.

—En la frente —dijo Warndon, sarcástico.

—Claro —admitió Violeta, sin inmutarse.

—De modo que ahora puedo convertirme en su esclavo durante cinco años.

—Está en condiciones de evitarlo, si me lleva a Okunor-2 y encuentro a mi prometido. Pagaré su deuda y, además de una recompensa de cien mil solares, le regalaré la astronave que utilizemos en el viaje.

Warndon emitió un gruñido.

Podía negarse al viaje, pero, durante cinco años, según la ley, debería trabajar exclusivamente para su acreedor, a cambio solamente de comida, alojamiento, vestuario y cinco solares al mes para gastos personales. Si pensaba que una copa de vino valía ya medio solar, la perspectiva era estremecedora.

—Pero mi futuro en Okunor-2, si me pescan, no será mejor —dijo a media voz, como si hablase consigo mismo.

—¿Por qué? —preguntó Violeta, curiosa.

—

Estoy  
condenado  
a  
muerte.

Ella  
arqueó  
las  
cejas.

—¿Quién le condenó a muerte? —preguntó.

—El título, en su idioma, equivale a reina. Y lo es, al estilo antiguo, es decir, de un modo absoluto. Se llama Thaydia y es

tan hermosa como cruel y despiadada.

—Un demonio, vamos.

—Sí, pero con figura y rostro de ángel —rezongó él—. Y todavía tiene otras cualidades que la hacen más peligrosa todavía.

—¿Sí?

—¿Ha oído hablar usted del polimorfismo en los seres humanos ?

—Algo, muy vagamente..., pero más como una leyenda que una realidad.

—En el caso de Thaydia, no hay leyenda, sino la realidad más absoluta. Thaydia es polimórfica.

## CAPITULO

### III

El hombre caminaba rápidamente por los lugares menos alumbrados. Abajo, a ciento y pico de metros, en el Gran Canal, una pareja de enamorados paseaban sobre una barca que se movía lentamente, sin ruido, propulsada por su motor eléctrico.

El hombre llegó ante una puerta y presionó el llamador. Alguien le estudió recelosamente por el visor periscópico instalado en el interior de la casa.

—Soy Hugo —dijo el que llamaba.

La compuerta exterior se deslizó a un lado. Hugo entró en la esclusa y aguardó a que se hubiera hecho la presión normal para quitarse la máscara de oxígeno.

Entonces, la otra compuerta se abrió. Kid Vitus le miró inquisitivamente.

—¿Traes algo bueno, Hugo? —preguntó.

—Noticias, señor Vitus —contestó el recién llegado servilmente.

—¿Crees que me interesarán?

—Estoy seguro de que me dará lo menos cincuenta solares de recompensa —rió Hugo.

—¡Hum! —dudó Vitus—. Vamos, suéltalo ya.

—El capitán Warndon se dispone a, viajar a Okunor-2, con Violeta James. Vitus respingó.

—¿He oído bien? —dijo.

—Sí, señor. Van a Okunor-2. Ella se está ocupando de alistar la nave. En cuanto al capitán, permanece largas horas en la habitación del hotel. Sólo sale para comer y cenar.

—¿Qué hace allí?

Hugo lo dijo. Vitus frunció el entrecejo.

—En todo el sistema solar no hay más que un hombre capaz de viajar a Okunor-2 y es el capitán Warndon. Tiene que existir un motivo muy poderoso para que se decida a arriesgar el pellejo.

—Eso supongo yo, aunque no he conseguido averiguarlo... Vitus sacó un billete de cien solares.

—El doble —dijo—. Ya ves que soy generoso. Pero también implacable, Hugo; si dices algo de esto a otra persona, amanecerás un día en el Gran Canal, con el pescuezo abierto de oreja a oreja.

—A partir de ahora, y respecto a este asunto, me he vuelto repentinamente mudo —aseguró el confidente.

Media hora más tarde, tuvo lugar una reunión en el despacho privado del prestamista. Asistían cuatro hombres, además de Vitus: Dingo Leffin, el gigante que había lanzado a

Violeta a las aguas del Gran Canal; Ray Mutts *el Patapalo*, llamado así porque había perdido la pierna derecha en una defectuosa maniobra de la astronave que pilotaba y, aunque la prótesis era perfecta y no se notaba, los que lo sabían le habían dado un apodo tan viejo como los hombres que antes de él se vieron en sus condiciones; Rico Zaveri, delgado, astuto y sinuoso como un crótalo, y, por fin, Bill Thard, rudo y fuerte, aunque inteligente y sin escrúpulos.

—Warndon viaja a Okunor-2 —dijo Vitus sin más preámbulos. A Thard se le hizo la boca agua.

—¡Qué planeta! —exclamó—. Un paraíso, pueden creerme.

—¿Has estado allí? —preguntó Patapalo.

—No, pero...

—Los diamantes, de la variedad okunoriana, son como el puño y su precio alcanza, por quilate, diez veces más que un diamante corriente.

Zaveri era experto en joyas; por eso había acompañado a Leffin en el asalto a Violeta

James.

—Con media docena de kilos cada uno, podríamos hacernos inmensamente ricos —  
exclamó Leffin, el gigante.

—Traeríamos más, por supuesto —aseguró Vitus—, aunque no lanzaríamos al mercado todas las existencias de golpe, a fin de no hacer bajar los precios. Pero tenemos que ir a Okunor-2.

—El viaje no será fácil. Hay tormentas magnéticas, chorros de radiación capaces de atravesar Marte como si fuese de mantequilla...

Vitus ignoró las objeciones de Thard.

—Nuestra nave viajará en la estela de la de Warndon —decidió—. De este modo, no sólo evitaremos todos los riesgos, sino que eludiremos así la detección de la defensa antiespacial de los okunorianos. Patapalo, encárgate de alistar la nave.

—Sí, señor —contestó el aludido.

—Lástima —suspiró Leffin—. Me hubiera gustado ajustar las cuentas a ese entrometido capitán Warndon.

La pérdida de su parte en las joyas robadas, que valían casi medio millón de solares, le ponía frenético cada vez que lo recordaba.

Vitus soltó una risita.

—No te preocupes —dijo—; ya hay en Okunor-2 quien le ajustará las cuentas... y, mientras eso sucede, nosotros nos aprovecharemos para llenar unos cuantos cestos de ultrdiamantes —aseguró rotundamente.

\*

\*

\*

Violeta abrió la puerta de golpe e irrumpió en la habitación casi con violencia. Sus ojos contemplaron indignadamente al hombre que, reclinado sobre una tumbona, parecía tostarse con una lámpara solar, situada frente a él.

—Capitán, ¿no le parece que esto pasa ya de la raya? —exclamó.

Warndon volvió la cabeza para mirar a la joven a través de las espesas gafas oscuras con que se protegía los ojos.

—Hoy parece una joven puritana —sonrió.

—Déjese de comentarios sobre mi aspecto...

—Ya no viste esos audaces trajes que casi no tienen pechera y, desde luego, carecen de espalda. Pero este mono azul, cerrado hasta el cuello, también la hace parecer muy atractiva.

—Usted no tiene que fijarse en mi; estoy prometida...

—Ya lo sé, mujer, pero si uno no puede comentar lo que está viendo, ¿qué debe hacer?

—Callarse. Y enterarse de que la nave está alistada hace días.

Warndon se tocó la boca, como si fuese a ahogar un bostezo.

—Usted lo ha hecho todo. Muy bien, supongo —dijo.

—Seguí todas sus indicaciones. En cambio, usted ha permanecido aquí, ganduleando vergonzosamente...

—Y sometido a un tratamiento de crecimiento intensivo capilar, de barba y bigote, sobre todo. No puedo ir a Akunor-2 con mi aspecto habitual, y dejarme crecer la barba y el bigote por medios normales nos hubiera costado dos o tres meses. De este modo, en una semana, estaremos listos.

—Pero es que ya ha transcurrido esa semana —se impacientó ella.

—Oh, cómo pasa el tiempo. —Warndon desconectó el acelerador de crecimiento y se puso en pie—. Está bien, zarparemos mañana.

—¿ Y por qué no esta noche ? El viaje durará mes y medio...

—Esta noche, no —decidió él, tajante—. Esta noche toca diversión.

—Yo no tengo ganas de divertirme —dijo ella, malhumoradamente.

—Yo, sí.

Y silbando alegremente, Warndon pasó por delante de Violeta, abrió la puerta y abandonó la habitación.

Ella pateó el suelo con gesto de cólera. Pero sabía que no podía hacer nada para impedir los propósitos del único hombre capaz de llevarla a Akunor-2.

—Ahora se irá a una taberna, se emborrachará con alguna mujerzuela y...

Violeta estaba equivocada.

Medía hora más tarde, Warndon llamaba a una puerta. A los pocos momentos, estaba en presencia de un anciano de aspecto venerable, con larga cabellera blanca y una corta barba del mismo color de pelo.

Warndon se inclinó ante el viejo.

—Maestro —saludó.

—Hola, golfo —saludó el anciano jovialmente—. ¿Cómo se encuentra mi pendenciero ahijado?

—Avergonzado por no haber venido a verte antes, maestro Kset-Nu.

—No te preocupes, hijo; has pensado más de una vez en mí y yo he captado tus pensamientos. Con eso ha sido suficiente, ya que siempre sabía que tus pensamientos eran agradables hacia mí.

—Te doy las gracias, maestro. Y cada vez que pienso en ti, al mismo tiempo que lo hago con gratitud, pienso en que yo soy el culpable de tu exilio.

Kset-Nu hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No te atormentes —contestó—. Lo que debía suceder, sucedió, porque así estaba escrito en alguno de nuestros Grandes Libros. Simplemente, yo vi en ti al discípulo ansioso de aprender y que merecía le impartiese todos mis conocimientos.

—Pero ella te echó...

—Podía hacerlo; es la reina.

—Lo que hizo, fue por mi culpa.

—Todo hombre tiene la culpa, o recibe los beneficios, de sus acciones. ¿Me estuve yo quieto para no ser culpable?

Warndon suspiró.

—Cada día me siento más en deuda contigo, maestro.

¿Puedo aumentar esa deuda?

—Sí, claro, hijo; hay deudas para cuyo volumen no existe límite. La gratitud es una de ellas, pero el humano no se ha de dejar abrumar por ese sentimiento, ya que tiene que vivir para algo más que para sentirse agradecido a un congénere. Y dime, ¿de qué manera puedo yo hacer que sientas aún más gratitud hacia mí?

—Me he apartado durante años de tus enseñanzas, maestro. Confieso mi debilidad...

Kset-Nu sonrió comprensivamente.

—También, como tú, yo fui joven y débil, pero el que no es fuerte por sí cuando es joven, tiene que serlo al llegar el ocaso de su vida o se destruirá a sí mismo. Por otra parte, ciertos pecadillos no sólo no tienen importancia, sino que son perfectamente justificables. Sólo los espíritus puros no incurrir en debilidad, hijo.

—Eres sumamente benigno conmigo, maestro. ¿Crees que puedo pedirte que me ayudes a refrescar mis conocimientos?

Kset-Nu hizo un ligero gesto de asentimiento.

—Desde que supe que volverías a Okunor-2, sabía que vendrías a mí de nuevo. Anda, pasemos a mi estudio; es el mejor lugar para iniciar la sesión de trabajo.

Warndon pasó allí toda la noche. Cerca del amanecer, cuando ya el distante sol teñía de violeta las arenas de Marte, se despidió del anciano.

—Hay algo que lamento infinito y que siempre lloraré —dijo—. Estás aquí, en el destierro, por mi culpa... La Tierra es mucho más hermosa que Marte. ¿Por qué no te estableciste allí?

La blanca cabeza del anciano se movió negativamente.

—Recuerda el lugar donde te impartí mis enseñanzas —contestó—. El desierto de Shom-Hivvom es lo más parecido a esta zona de Marte. No hay apenas plantas allí, pero tenía un jardín en cúpula, con media docena de rosales okunorianos. La rosa resulta más agradable de contemplar cuando durante

el día sólo se ha visto el color amarillo de la arena.

Warndon emprendió el camino hacia el astropuerto, donde debía encontrarse con Violeta. Marchaba rápidamente, ligero el paso y el ánimo alegre.

Solamente sentía enojo por una cosa: la máscara de oxígeno le impedía fruncir a gusto los labios para silbar una cancioncilla que acompañara su marcha.

Pero ignoraba una cosa: todos sus movimientos habían sido puntualmente seguidos por los secuaces de Kid Vitus. Apenas salió de casa de Kset-Nu, Zaveri, que cubría el turno de vigilancia, sacó un diminuto transmisor de radio del bolsillo de su chaquetón y llamó a su jefe.

—Warndon ha salido ya y va hacia el astropuerto —informó

—. ¿Qué hago?

—Aguarda ahí —contestó Vitus.

Como los demás, se sentía terriblemente intrigado por los motivos de la estancia de Warndon en casa de un individuo misterioso, que apenas se mezclaba con los habitantes de Port Nobel y cuyos medios de vida no habían logrado averiguar jamás. A Vitus le parecía que aquel sujeto podía darle muchos detalles de los planes de Warndon y se dispuso a averiguar todo cuanto había pasado aquella noche en la casa.

## CAPITULO

### IV

Zaveri aguardaba a Vitus. Este llegó seguido de Leffin; le parecía que el gigante era, con su sola presencia, un elemento intimidatorio en según qué circunstancias. Aquel bondadoso anciano llamado Kset-Nu se rendiría en seguida, apenas Leffin hiciese un par de muecas feroces.

Los otros dos, Thard y Patapalo estaban trabajando en la nave de Violeta James. Vitus calculaba que ya habrían terminado su labor, a fin de no ser sorprendidos cuando llegasen sus ocupantes.

Vitus solía ser terriblemente directo cuando la ocasión lo requería. En algunos momentos, sin embargo, era muy sinuoso y astuto. Ahora se necesitaba acción directa, pensó.

Llamó a la puerta. Kset-Nu abrió a los pocos momentos.

—¿Puedo servirlos en

algo, hijos míos? —

preguntó. Vitus miró al

anciano durante un

segundo.

—Esta noche has tenido un huésped —dijo.

—Si, un buen amigo mío —admitió Kset-Nu.

—Queremos saber qué ha hecho aquí y cuáles son los temas de que habéis estado hablando —exigió Vitus.

Kset-Nu calló un momento, mientras sonreía de un modo peculiar.

—Rhyman Warndon es mi amigo y un hombre recto y justo. ¿Cómo podría yo traicionar a un amigo de tales cualidades? —respondió al cabo.

—Déjate de refranes, viejo —dijo Leffin brutalmente—.

Suelta la lengua o...

—Modera tus palabras, Dingo —cortó Vitus—. El respeto a los ancianos es base de la sociedad. Pero los ancianos no deben escudarse en su edad para no contestar cuando se les hacen ciertas preguntas.

—Salvo en las circunstancias que ya he citado —contestó

Kset-Nu, sin perder la calma.

—Está bien. Dingo, sujétalo.

Vitus había decidido que no podía perder más tiempo. Leffin pasó por detrás del anciano y lo agarró por los brazos. Mientras, Vitus se acercó a la esclusa y abrió las compuertas.

El aire de la casa se escapó en un instante. La temperatura bajó de un modo radical.

—Treinta segundos así, te harán despegar la lengua —dijo, tranquilo, porque tanto él como los demás llevaban puestas las máscaras de oxígeno.

Kset-Nu no pareció sentir los efectos de la anoxia ni del frío, que había descendido en pocos instantes a varios grados bajo cero.

Transcurrieron los treinta segundos. En circunstancias normales, las personas sujetas a tal situación daban señales de pedir oxígeno. El anciano se mantenía impertérrito.

Pasó un minuto. Vitus no daba crédito a lo que estaba viendo.

—La falta de oxígeno no le hace nada —gritó Zaveri.

—Esperemos dos minutos más —dijo Vitus—. Dingo, sin soltarle, deja que pueda mover la mano derecha. Cuando lo haga, será señal de que se rinde.

Cinco minutos más tarde, Kset-Nu seguía sin dar señales de ceder. Zaveri, supersticioso, dijo que era un brujo.

—Ni brujo, ni... —barbotó Vitus—. Lo que hace es emplear un truco que...

—Pues si es un truco, está muy bien ideado, puesto que ya lleva más de siete minutos así —rezongó Leffin—. Otro cualquiera en su lugar ya la habría «diñado» o, por lo menos, estaría boqueando...

Leffin dejó de hablar para lanzar un chillido. Súbitamente, se encontró abrazado a un cactus gigante, dotado de aguzadas espinas.

Zaveri dio un salto atrás. A Vitus se le aflojó la mandíbula inferior.

Leffin aulló al sentir en sus manos los pinchazos de las espinas de los cactus. De pronto, la planta espinosa apareció en una esquina de la habitación.

Un segundo después, empezó a convertirse en humo. Antes de otro segundo, ya no había nada en la estancia.

Pero casi en el acto, apareció un tipo hercúleo, tan alto o más que Leffin, el cual estaba armado con un tremendo látigo, que agitó de inmediato a enorme velocidad.

Tres hombres huyeron enloquecidos, chillando de dolor al sentir en sus carnes los latigazos que les propinaba aquel sujeto. Lo más curioso fue que todos los transeúntes con quienes se cruzaban no veían nada.

Tan sólo ellos podían ver al hombre que les azotaba. La cosa terminó delante de una patrulla de policía, que les arrestó de inmediato, acusándoles de escándalo y embriaguez en la vía pública.

Para mayor dolor y escarnio, Vitus tuvo que pagar las fianzas suya y de sus dos cómplices, más sendas multas, lo que le costó mil doscientos solares en total. Cuando, al fin, salieron de la comisaría, la nave de Violeta James había partido ya hacía varias horas.

—No importa —dijo Vitus, rabioso—. Les alcanzaremos.

\*

\*

Violeta estaba ya en la nave, aguardando impaciente la llegada de su piloto. Al ver a Warndon no pudo por menos que hacer un sarcástico comentario.

—¡Vaya nohecita! —dijo, cuando vio la faz pálida y las enormes ojeras de Warndon—.

¿Era guapa? ¿Le sirvió buen vino? Por cierto, he oído decir que le gustan más bien gordas... Seguro que pesaba setenta y cinco kilos...

Warndon la miró fríamente de pies a cabeza.

—Una mujer gorda tiene la ventaja de que se la puede encontrar en la oscuridad —contestó—. Pero no se pierden por el desagüe del lavabo, como creo que le pasó a usted en cierta ocasión.

Violeta lanzó un grito de furia al oír la respuesta. Warndon no le hizo el menor caso y fue a sentarse ante el tablero de mandos.

—Supongo que todos los pertrechos, según la lista que yo le entregué, estarán a bordo —dijo.

—Sí, desde luego...

—Entonces, deje de parlotear como un mico a la vista de un racimo de plátanos y ocupe su puesto.

Violeta se sentó, con la cara roja de indignación. Mientras, Warndon, con perfecta indiferencia, comprobaba todos los instrumentos de a bordo.

La nave era pequeña, aunque, en caso necesario, podía albergar hasta una docena de

personas, sobre todo en viajes cortos. Sin embargo, estaba dotada de todos los refinamientos posibles y no era espacio, ciertamente, lo que faltaba en su interior.

Minutos más tarde, Warndon había terminado la revisión. Se puso en contacto con la torre de control del astropuerto y, apenas recibió el permiso de despegue, hizo que el aparato se levantara del suelo.

Durante largo rato, sólo reinó el silencio en la cabina. Violeta ardía en deseos de hablar con Warndon, pero el joven sólo contestaba con monosílabos a sus preguntas.

Al cabo, cruzó los brazos bajo el pecho, desistiendo de obtener las respuestas que aguardaba.

Dos horas más tarde, Warndon hizo unos cálculos en la computadora de rumbos. Después de recibir las respuestas adecuadas, programó la órbita, recibió el «enterado» del piloto automático y se puso en pie.

—Me voy a dormir —dijo.

—Se pasará el día entero —exclamó ella, burlonamente—. Lo necesita, claro, después de la orgía... Si quiere, le tendré preparada la cena para cuando se despierte.

—No se moleste, muchas gracias.

Voy a dormir seis semanas. Violeta se quedó con la boca abierta.

—¿ Seis semanas ? —repitió estúpidamente.

—Ni un día menos. El viaje hasta Okunor-2 dura algo más de lo indicado, como cuarenta y ocho horas, aproximadamente. Comprenderá que no voy a pasar todo ese tiempo despierto, mientras la nave vuela guiada por el piloto automático. Me aburriría soberanamente, créame.

—No está solo en la nave —dijo Violeta, aunque, inmediatamente, se arrepintió de sus palabras al ver que Warndon sonreía de un modo peculiar—. Lo dije con la mejor intención; estoy enamorada...

—Ya, ya —contestó él con sorna—. Como quiera, pero si acepta un consejo, tiéndase a dormir esas seis semanas. El tiempo se le pasará en un soplo.

—Pero, ¿es que me cree capaz de dormir mes y medio de

un tirón?

—Yo empleo el método de semihibernación, que es el que usan todos los astronautas cuando prevén que su viaje va a durar un cierto tiempo. Basta una simple inyección...

Violeta remoloneó.

—Bueno, si tan bien lo pinta... La verdad, seis semanas, sin ver otra cosa que las estrellas, deben de acabar aburriendo al más paciente.

Warndon asintió. Preparó la pistola de inyecciones y puso la dosis requerida en el brazo izquierdo de la joven.

—Prepárese sin prisas —indicó—. Empezará a hacer efectos dentro de media hora. Antes de sesenta minutos, dormirá como un tronco.

—¿Y usted?

Warndon se aplicaba ya la boca de la pistola de inyectar.

—Haré lo mismo, claro —contestó—. Ah, cuando despierte, se sentirá torpe y envarada. Ya le indicaré yo una tabla de ejercicios para que recobre la elasticidad de sus músculos.

—Está bien. —Violeta pensó que debía dejar de lado su enfado—. No necesitaremos comer ni...

—Una vez al día, pero en estado de absoluta inconsciencia, se levantará usted, lo mismo que yo, y tomará algún alimento. Al cabo de una hora, aproximadamente, regresará a la cama y se dormirá de nuevo.

—Entiendo. Gracias —sonrió— Creo que he encontrado al hombre adecuado.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que está enamorada? Ella se puso colorada.

—Era sólo una frase, hombre —contestó.

—Sí, claro. Por cierto, aún no sé el nombre de su prometido, ni los motivos por los cuales fue a Okunor-2.

—Ya le dije los motivos —le recordó ella—. En cuanto al nombre, le diré que se llama Phil Nedsell.

La cara de Warndon se contrajo repentinamente. Violeta apreció el cambio de expresión.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Acaso lo conoce usted?

—No, no conozco al señor Nedsell —respondió Warndon.

Pero a Violeta le quedó la desagradable impresión de que el hombre que tenía frente a sí acababa de decirle una mentira.

\*

\*

\*

Violeta despertó al cabo de las seis semanas pronosticadas y se sintió rígida y envarada. Comió algún alimento, se bañó y luego fue a una de las cámaras en donde había unos aparatos gimnásticos, cuya utilidad comprendía ahora. En el momento de comprarlos, se había sentido ciertamente extrañada, pero no había tenido tiempo de recibir las explicaciones necesarias.

Colgado del mamparo había un cuadro con un programa de ejercicios, que procuró cumplir puntualmente. Al terminar, sin

embargo, se sintió un tanto jadeante y como falta de respiración.

Warndon estaba en la cabina de mando.

—¿Qué tal el sueño? —preguntó jovialmente.

—He dormido muy bien —repuso ella, pensando en que la leve sensación de ahogo se le pasaría muy pronto—. ¿A qué distancia estamos de Okunor-2 ? —preguntó a continuación.

Warndon señaló una de las lucernas.

—Allí lo tiene —contestó—. Está a dos millones de kilómetros de distancia. Deceleramos gradualmente, para evitar un aterrizaje demasiado brusco.

—Eso lo entiendo muy bien —dijo ella—. Pero me extraña una cosa —agregó.

—¿Sí?

—Todavía no me ha preguntado detalles de mi prometido. Sólo el nombre y...

—Aguarde a que lleguemos a la superficie de Okunor-2. Como comprenderá, no vamos a aterrizar en la capital.

De pronto, Violeta se pasó una mano por la frente.

—No sé lo que me pasa —dijo—. No me encuentro bien... Me falta aire...

—¿Le falta aire? ¡No puede ser; la presión es normal dentro de la nave! Pero Violeta se dejó caer en el asiento contiguo.

—Quizá sólo sean aprensiones mías —murmuró—. La sensación prosigue; no es demasiado angustiosa, pero resulta incómoda.

Warndon frunció el ceño, a la vez que se inclinaba hacia la consola de instrumentos. De repente, lanzó una exclamación:

—¡Se están agotando  
las reservas de  
oxígeno! Ella se irguió  
en el asiento.

—¿Cómo ha podido ocurrir una cosa semejante? Yo creí que una nave como ésta tenía provisión de oxígeno suficiente incluso para seis meses de viaje por el espacio.

Warndon no contestó de momento. Había una luz roja encendida, en la que no había reparado hasta entonces.

—Hay una fuga en algún tanque —dijo—. Debo salir a investigar.

—¿Fuera, al espacio?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

Violeta se sentía consternada. Warndon se puso en pie.

—Voy a ponerme un traje de vacío —anunció—. Siga quieta donde está; no haga el menor movimiento.

Ella asintió en silencio. Warndon se marchó, para volver a los pocos momentos con un siniestro anuncio;

—Los tanques de oxígeno de los trajes espaciales están vacíos.

## CAPITULO

### V

Violeta no entendía demasiado los instrumentos de a bordo, aunque sí lo suficiente para darse cuenta de la exigüidad de las reservas de oxígeno. A su lado, Warndon hacía rápidamente unos cálculos con papel y lápiz.

Minutos después, alzó la cabeza.

—Si se contiene la fuga, habrá aire respirable para una sola persona —anunció. Violeta se sintió aterrada.

—¿Seguro?

—Tendré que poner en marcha los purificadores de atmósfera —contestó él—Pero eso es un problema secundario. El verdaderamente importante es la fuga de oxígeno.

—¿No se puede contener?

—Es preciso salir al exterior.

A Violeta le pareció que el mundo se le derrumbaba. La atmósfera era ya pobre en oxígeno y estaba cargada con los residuos de la respiración, pese a la amplitud de espacio que había en la nave.

Warndon se puso en pie.

—¿Adónde va usted? —preguntó ella.

—Afuera, naturalmente.

—Pero... ¿no hay oxígeno en los trajes de vacío!

—No me hace falta.

Ella creyó que Warndon se había vuelto loco. Pero, cuando se quiso dar cuenta, Warndon hacía ya funcionar el mando de apertura de la esclusa interior de la compuerta.

—No cometa una locura —gritó—. Morirá por descompresión apenas... Warndon no le hizo caso.

—Vuelva a la cabina y procure moverse lo menos posible. Si tapono la fuga, podremos consumir algo más de oxígeno y usted se sentirá mejor —aseguró.

La compuerta giró a un lado. Warndon cruzó el umbral y cerró.

Había un grueso cristal de forma circular en la compuerta. Con los ojos fuera de las órbitas, Violeta contempló al joven que se habla parado en pie, erguido, rígido, los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, en una actitud de completa concentración.

Transcurrió un par de minutos. De pronto, Warndon se movió para accionar el mando de apertura de la compuerta exterior. Pendiente del hombro izquierdo tenía la bolsa de herramientas.

Violeta creía soñar. La compuerta exterior se abrió y

Warndon salió al horrible frío del espacio, a más de doscientos grados bajo cero. Le vio moverse como si nadara en un estanque y, casi en el acto, desapareció de su vista.

Sin poderlo evitar, cayó de rodillas y se tapó los ojos con ambas manos, mientras, derramando abundantes lágrimas, rogaba por el hombre que se había sacrificado para salvar su vida.

A unos treinta mil kilómetros de distancia, Bill Thard consultó su reloj-calendario espacial y dijo:

—Ya están notando la falta de oxígeno.

—Tendrá que salir al espacio para reparar la fuga —supuso Patapalo—. Los tanques no se pueden alcanzar desde la cabina de mando.

—Los depósitos de oxígeno de sus trajes espaciales están vacíos —sonrió Thard—. Y, según mis cálculos, tienen oxígeno solamente para veinticuatro horas. Si pensamos que faltan cuarenta y ocho para la toma de tierra en Okunor-2, hallaremos que, al fin, hemos encontrado la solución para nuestro problema.

Patapalo, en el puesto del piloto, manejó el control del visor telescópico.

—Vamos a ver si se ve algo a bordo de la «Exyria» —dijo, sonriendo complacidamente. Una enorme pantalla de televisión se iluminó en el acto. La «Exyria» parecía flotar inmóvil en el  
espacio,  
delante de  
ellos.

—¿Nos cubrirá del radar de Okunor-2? —preguntó Vitus.

—Estamos a la distancia precisa para que los radaristas vean solamente un punto luminoso en sus pantallas —contestó Thard.

La «Exyria» parecía llenar la pantalla del televisor. Hasta sus menores detalles eran  
fácilmente  
perceptibles a  
ojo desnudo.

De repente, vieron que se abría una compuerta exterior.

—¡Van a salir al espacio! —gritó Zaveri.

—¡Imposible! —rugió Thard—. Yo mismo me cercioré de que los depósitos de oxígeno estaban vacíos. Ningún buen astronauta saldría al espacio sin comprobar antes la carga.

Leffin tenía la boca abierta de par en par. De pronto, vieron una menuda figurilla que evolucionaba por el costado de la astronave.

—¡Es Warndon! —gritó el gigante.

—¡Y no lleva traje espacial! —añadió Patapalo, estupefacto.

Ninguno de los presentes quería dar crédito a la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Warndon caminó hacia el final de la nave, abrió una compuerta de servicio y desapareció en el interior.

Al cabo de unos minutos, reapareció y volvió a la otra compuerta. Vitus se sentía anonadado.

—Ese hombre ha estado un cuarto de hora en el espacio... y sigue indemne —exclamó. De pronto, recordó que semanas antes había visto algo parecido.

—¿ Será hijo de Kset-Nu ? —murmuró.

Mientras tanto, Warndon abría la compuerta interior. Violeta seguía arrodillada todavía, en la misma posición, gimiendo sordamente.

—¿Qué hace ahí, muchacha? —preguntó él.

Violeta se levantó de un salto y retrocedió dos pasos, a la vez que lanzaba un agudo chillido:

—¡No, no puede ser...!

Warndon sonrió, a la vez que asía uno de sus brazos.

—Vamos —dijo—. La fuga está ya reparada y podremos disponer de un poco más de oxígeno. Pero sólo para usted, claro está.

—No..., no entiendo lo que ha pasado...

La cabeza me da vueltas... Warndon la

llevó a la cabina de mando.

—Usted puede desarrollar su vida normal, sin ejercicios violentos que originen un consumo excesivo de oxígeno. El que tenemos durará lo suficiente para usted, hasta el

momento del aterrizaje. Cuando el aparato toque el suelo, usted moverá esta palanca — se la indicó—, y la compuerta se abrirá instantáneamente. ¿Entendido ?

Violeta asintió torpemente.

—Sí, pero... ¿qué va a hacer usted? —preguntó, no muy segura todavía de estar despierta o soñando.

Warndon rió suavemente.

—¿Yo? Pues ahorrar oxígeno, claro está — contestó. Dejó a la joven en la cabina y se retiró a su cámara.

Una vez allí, se tendió en la litera, cruzó los brazos sobre el pecho y se concentró profundamente en sí mismo, mientras realizaba unas cuantas largas inspiraciones.

Instantes después, quedaba absolutamente inmóvil. Y su mente voló a través del espacio:

«Maestro», llamó.

La respuesta de Kset-Nu le llegó a los pocos momentos:

«¿Me necesitas, hijo?»

«Ahora me encuentro en estado de suspensión absoluta. Ayúdame, te lo ruego.»

«Parece que estás en apuros, hijo.»

«Así es, maestro. Alguien estropeó algunos de nuestros instrumentos y...» Muy lejos, a años luz, se oyó una tenue risa.

«Siempre pensé que el hombre no debía confiar exclusivamente en las máquinas. La mente es infinitamente más poderosa que la más poderosa máquina.»

«Tuya es la razón, maestro. Pero ahora...»

«Te comprendo, muchacho, te comprendo y te ayudaré. Seguro que esas averías no obedecen a una razón lógica.»

«No. Alguien las provocó deliberadamente.»

«Los mismos que vinieron a verme después de haberte separado de mí. Eran tres, hijo: Vitus, Zaveri y Leffin.»

«No podían ser otros. ¿Te hicieron daño?»

Kset-Nu volvió a reír, allá en las profundidades del espacio.

«Sólo me daña la ingratitud. Te diré una cosa: percibo el calor de sus mentes a poca distancia de ti. Estate prevenido.»

«Lo estaré, maestro. Y ahora...»

«No converses más conmigo; tu concentración podría relajarse. Te ayudaré. Eso es todo.»

\*

\*

\*

Vitus y los suyos no comprendían cómo un hombre, sin más protección que sus vestiduras corrientes, había podido salir al espacio, permanecer en él un cuarto de hora y volver a la nave completamente ileso, sin morir por descompresión, helado o por asfixia. A Violeta le pasaba algo parecido.

Pero el caso era que estaba viva y que podía respirar con toda normalidad. La atmósfera, sin embargo, se hacía densa y hasta nauseabunda en ocasiones. Los renovadores de ambiente funcionaban muy despacio, aunque con plena efectividad, si se

miraba en función únicamente de la supervivencia.

Se preguntó qué clase de hombre era el capitán Warndon. «Mi padre no le conoció bien, por eso le despidió», se dijo.

Delante de ella, la imagen de Okunor-2 se agrandaba paulatinamente. De pronto, sintió curiosidad por ver lo que hacía Warndon y cómo se las arreglaba para vivir sin respirar.

Quizá respiraba un poco, muy poco, lo suficiente para no morir de asfixia. Pero la curiosidad pudo más que la discreción y caminó de puntillas hasta la cámara de Warndon.

Abrió la puerta. Warndon dormía profundamente.

Unos segundos después, observó la falta de todo movimiento en el pecho masculino. Por poco que respirase, pensó, el pecho debía subir y bajar.

¿Estaba muerto?

Llena de aprensiones, avanzó hacia la litera. El rostro de Warndon aparecía normal, aunque bastante pálido, y tenía los ojos cerrados.

Lentamente, Violeta alargó una mano y tocó el brazo del durmiente. En el acto, la retiró, como si hubiese tocado un áspid.

Una horrible sensación se apoderó de su ánimo. ¿Estaba viajando hacia Okunor-2 en compañía de un muerto?

Tratando de dominarse, puso ahora la mano sobre el pecho de Warndon. Como en el brazo, la carne tenía la dureza del acero. Hizo presión con fuerza, pero la carne no cedió un milímetro.

Se ahogaba de terror. Tambaleándose, volvió a la cabina y se sentó en uno de los sillones, ocultándose la cara con las manos.

Luego, poco a poco, se impuso la cordura.

«Confía en él, hija mía.»

Violeta alzó la cabeza vivamente.

—¡Eh! ¿Quién me está hablando? —gritó.

Aquella voz había sonado de un modo totalmente inesperado. Perteneecía a un hombre de mucha edad, pero era

suave y persuasiva.

«Confía en el hombre que te lleva a Okunor-2», repitió la voz. Violeta miró extrañada a su alrededor. ¿Empezaba a volverse loca?

Ya oía voces extrañas, de personas que no estaban en la cabina, sino en su mente.

Pronto sobrevendría la demencia total...

«No estás loca ni Rhys ha muerto' Duerme, duerme...»

De pronto, Violeta se sintió invadida por una extraña paz. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Una gran tranquilidad llenó su ánimo y las imágenes de terror y desesperanza desaparecieron de su mente.

Cuando despertó, se encontró a poca distancia de la superficie del planeta. El suelo okunoriano estaba a menos de cien kilómetros.

A primera vista, Okunor-2 parecía una segunda Tierra, brillantemente iluminada por una estrella tipo Sol y de color azulado visto desde el espacio. Después de unos ratos de contemplación del panorama, se levantó, sin saber muy bien por qué había dormido casi cuarenta y ocho horas, y se dirigió a la cabina de Warndon.

El joven seguía profundamente dormido. Violeta tocó su cara, dura, rígida como

madera tallada. Recordó las instrucciones: tras el aterrizaje, que se produciría auto- máticamente, debía abrir la compuerta, a fin de que el aire fresco penetrara en la nave.

Regresó a la cabina, ignorante de que había otra nave a muy poca distancia. Los treinta mil kilómetros de intervalo habían sido reducidos a quinientos escasamente.

Patapalo había seguido puntualmente la órbita de la «Exyria». El, como el resto de sus compañeros, se sentía enormemente asombrado de que todo siguiera normal a bordo de la nave perseguida.

—Me  
gustaría  
hablar con  
Warndon...  
Vitus le  
interrumpió  
tajantemente.

—Olvídalo —dijo—. Warndon nos ha servido para llegar a Okunor-2 sin dificultades. Es cierto que nos hubiera convenido quitarle de en medio, con su acompañante, pero ya que estamos llegando a Okunor-2, nos olvidaremos de él, para concentrarnos en nuestra labor. Espero que esto haya quedado suficientemente claro para todos —concluyó.

—Sí, pero no sabemos dónde están los ultradiamantes —se quejó Zaveri.

—De encontrarlos, me encargaré yo, no te preocupes.

—Y nosotros le ayudaremos, por supuesto —dijo Thard con acento insinuante.

—Para eso estáis aquí.

El visor telescópico mostraba la «Exyria» a una distancia aparente de mil metros, en lugar de los quinientos kilómetros que había en realidad entre ambas naves. Patapalo calculó la distancia de la «Exyria» al planeta por medio de los instrumentos y halló que era de unos cuarenta kilómetros.

—Debe de ir en piloto automático. Ello permite reducir esfuerzos y ahorrar oxígeno —

supuso.

De repente, a la izquierda de la «Exyria», pero en la superficie de Okunor-2, brilló una luz muy intensa que, después de unos segundos, se convirtió en un hilo luminoso, que avanzó raudamente hasta alcanzar a la nave. Durante unos momentos, la «Exyria» siguió su misma órbita, debido al impulso de la propia inercia, pero, repentinamente, se desvió hacia la izquierda.

Vitus y sus secuaces lo vieron claramente. Aquel hilo luminoso tiraba de la astronave de Violeta con tanta fuerza como si hubiera sido hecho del más resistente acero y de un par de metros de grosor.

—¡Se van a estrellar! —gritó Leffin.

—Tanto mejor para nosotros —contestó Vitus fríamente.

## CAPITULO

### VI

Violeta lanzó un grito de terror al ver el rayo luminoso y otra vez volvió a gritar cuando vio que la nave se desviaba de su órbita. El instinto la hizo saber que, cualesquiera que fuesen sus esfuerzos para anular los efectos del rayo tractor, estaban condenados de antemano al fracaso.

La superficie de Okunor-2 se acercaba rápidamente. Violeta supo que sólo podía hacer una cosa.

Con gran esfuerzo, pues el aire era cada vez menos respirable, fue a la cámara de Warndon y sujetó su cuerpo con las correas de seguridad. Al menos, se dijo, esto evitaría quizá los desastrosos efectos de un impacto demasiado violento.

Luego volvió a la cabina y se sentó en el sillón. Bajó la mano y el arnés protector envolvió su cuerpo automáticamente, incluso sujetando su cabeza, pero dejándole libre los brazos.

—No veo señales de detección de radar —dijo Vitus, en la nave perseguidora.

—Claro, están ocupados con la «Exyria» —rió el piloto, Patapalo.

El suelo okunoriano se acercaba rápidamente. Violeta se dio cuenta de la inminencia de la catástrofe de un modo casi maquinal.

La cabeza le ardía y las sienes le latían dolorosamente. La falta de oxígeno era cada vez más acusada. Se preguntó si no estarían errados los cálculos de Warndon.

De pronto, el rayo tractor desapareció. Estaban a unos mil metros del suelo.

Los pilotos automáticos recuperaron sus funciones. La velocidad de la nave decreció considerablemente.

Aun así, era todavía mayor de lo requerido. Casi con los últimos restos de su consciencia, Violeta se dispuso a apretar el mando de apertura de la esclusa. Se preguntó si no sería

ya conveniente hacerlo, puesto que estaban a menos de quinientos metros del suelo.

Se ahogaba. Apenas si podía respirar. La atmósfera era asfixiante.

De súbito, sintió un tremendo golpe y un crujido de ramas, que llegó claramente hasta el interior de la cabina. Violeta se dio cuenta de que la nave había aterrizado oblicuamente. Otro árbol resultó hecho pedazos.

Y, de pronto, tras un par de rebotes más, la nave se quedó inmóvil.

Violeta ya no se lo pensó dos veces. Tenía los pulmones a punto de estallar. Su dedo índice se apoyó en la tecla señalada por Warndon.

Una luz se encendió en la consola de mandos. Pasaron unos segundos larguísimos, interminables.

De pronto, Violeta sintió un enorme cambio en la atmósfera.

Olor a plantas y flores

silvestres invadió la cabina de mando. La sensación de ahogo desapareció casi instantáneamente.

Sus labios se movieron para musitar una breve y corta oración. Acto seguido, desconectó el arnés de seguridad y corrió hacia la cabina de su piloto.

Abrió la puerta. Warndon, sentado en la litera, la miraba a la vez que sonreía.

—Hola —dijo.

Violeta se apoyó en la jamba de la puerta.

—Me..., me tiemblan las piernas... —dijo con voz débil.

—Después de lo que ha pasado, es completamente natural —contestó él comprensivamente—. Pero hemos llegado a Okunor-2.

—No de la forma en que hubiéramos deseado —respondió la joven. Warndon saltó al suelo.

—Vamos —volvió a sonreír—. Tiene que explicarme muchas cosas.

\*

\*

\*

Warndon dio unas cuantas vueltas en torno a la nave, que aparecía ligeramente ladeada.

—Se ha roto una de las patas del tren —dijo al cabo—. Puede que haya alguna otra avería, pero eso no tiene importancia ahora.

—Si nos obliga a quedarnos en Okunor-2...

—Saldremos de aquí, cuando hayamos localizado a su prometido —aseguró él. De pronto, hizo una pregunta que a ella le pareció incongruente—. ¿Conoce el placer de un baño en el río, entre árboles, en un remanso de aguas quietas y cristalinas?

Violeta parpadeó.

—No sé a qué viene...

Warndon sonrió, a la vez que señalaba el río que se divisaba a un centenar de metros de distancia.

—Aproveche para bañarse, mientras yo preparo la comida —dijo.

—Pero, ¿es que no vamos a...?

—Señorita James, las prisas sin motivo son siempre perniciosas —atajó él—. Y no se preocupe, el señor Nedsell sigue en Okunor-2. Si no se ha escapado antes de que

nosotros saliéramos de Marte, no lo habrá hecho mientras orbitábamos hacia aquí.

—Es usted muy persuasivo —sonrió Violeta—. ¿Cómo lo consigue?

—Con la verdad —respondió Warndon escuetamente.

Violeta se dirigió al río, en donde comprobó lo acertado de los consejos de su acompañante. Más tarde, regresó al obligado campamento, hallando que Warndon había encendido una hoguera para calentar la comida y café.

—Capitán...

—Mi nombre es Rhys. Llámeme así; todos lo hacen —sonrió él.

—Está bien, Rhys. Tiene usted que explicarme muchas cosas, la menor de las cuales no es cómo puede un hombre vivir en el vacío espacial durante quince minutos. Y no nos olvidemos tampoco de las casi cuarenta y ocho horas que ha permanecido literalmente convertido en una estatua de piedra.

—Así ahorra oxígeno —dijo Warndon.

—Lo sé, pero ¿cómo lo ha conseguido? ¿Cómo logró mantenerse en el vacío tanto tiempo?

—La respuesta puede darse en una palabra: concentración.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Perdón, pero, por ahora, no puedo darle más explicaciones. Ande, coma, me parece que ya tiene apetito.

—Sí, es cierto —reconoció Violeta, aceptando el plato que le tendía Warndon. Después de un rato, preguntó—: ¿Estamos a mucha distancia de la capital?

—

Cinco  
jornadas  
de  
viaje.

—Pero, en el descenso, me  
pareció que estaba más cerca...

Warndon señaló un punto con la  
mano.

—Si caminásemos en esa dirección, llegaríamos en jornada  
y media —contestó—. Pero necesitaremos dar un rodeo.

—Entiendo.

Oiga, esas  
cinco  
jornadas...

—Se refieren a etapas  
cubiertas a pie,  
naturalmente.

Violeta sintió que se quedaba sin aliento. Fue a decir algo,  
pero pensó que debía seguir comiendo. Al cabo de un rato, se  
frotó el estómago.

—Esto ya es otra cosa —sonrió—. Hacía tanto tiempo  
que no comía tan a gusto...

—Usted, en la Tierra, come sin apetito. Está demasiado  
bien cuidada; nunca le falta de nada y eso, a la larga, produce  
hastío.

Violeta se mordió los labios, porque sabía que Warndon  
decía la verdad. Pero, de pronto, recordó una cosa.

—Mientras usted  
dormía, yo oí una

voz...

Explicó lo que le había sucedido. Al terminar, Warndon meneó la cabeza, mientras sonreía.

—

El  
buen  
Kset-  
Nu

—

dijo.

—¿Quién es,  
Rhys? —  
preguntó  
ella.

—Ya se lo contaré en  
otro momento.

Ahora...

Dentro de la nave se oyó un tintineo musical. Warndon se puso en pie de un salto.

—

Viene  
alguien

—

exclamó.

—¿Cree  
que nos  
han  
descubierto?

—Seguro. La acción del rayo tractor no se hizo solamente por diversión.

—Pero, ¿qué vamos a hacer nosotros ahora? —preguntó Violeta, angustiada—. La nave no puede despegar..., quizá nos bombardeen...

Warndon miró a su alrededor. El bosque, enteramente parecido a uno terrestre, era de bastante frondosidad. Las copas de los árboles más bajos quedaban todavía a cinco o seis metros por encima de la estructura superior de la

«Exyria».

—Sitúese junto a la nave y permanezca quieta hasta que yo se lo indique —ordenó al cabo.

Violeta asintió. Warndon

dio unos cuantos pasos.

De repente, empezó a

salir humo de su cuerpo.

Violeta lanzó un chillido. Una voz resonó

en el interior de su cerebro:

«Permanezca

quieta, pase lo

que pase.»

Ella se mordió los labios. El humo seguía saliendo del cuerpo de Warndon cada vez en mayor cantidad. Violeta creyó que el joven se disolvía en aquel humo, cuyo espesor se incrementaba rápidamente.

De súbito, Warndon desapareció y, casi al mismo tiempo, Violeta se sintió envuelta en una espesa nube de humo, sin olor y perfectamente respirable, pero que impedía la visión

a más de dos o tres pasos de distancia.

Pasaron unos minutos. Violeta ignoraba que aquel humo, visto desde el aire, daba la sensación de que el bosque se había incendiado. Alguien vio el supuesto incendio desde lo alto, dio un par de vueltas sobre el lugar y luego se marchó a toda velocidad.

De pronto, la atmósfera se aclaró. Warndon reapareció a los ojos de la joven.

—¿Dónde ha estado? —preguntó, todavía muy asustada.

Warndon sonrió desvaídamente. Violeta se dio cuenta de que tenía la cara llena de sudor.

—No se preocupe —dijo—. De momento, hemos engañado a la patrulla enviada para reconocer el terreno. Pero es posible que envíen otra para una exploración más completa. Por tanto, conviene que nos preparemos para emprender la marcha inmediatamente.

—Cinco días a  
pie —suspiró ella.

Warndon la miró  
con expresión  
burlona.

—Yo creía que una mujer enamorada sería capaz de ir al fin del mundo por ver de  
nuevo al hombre amado —dijo.

Violeta se sonrojó.

—Si cree piensa que no estoy dispuesta a cualquier sacrificio, con tal de encontrar a

Phil Nedsell, está muy equivocado —contestó.

—Reconozco mi error —sonrió Warndon— y le ofrezco mis excusas.

Violeta se encaminó hacia la nave, seguida por el joven. Poco después, Warndon había preparado dos mochilas con lo indispensable para el viaje.

Cuando estaban dispuestos para emprender la marcha, Violeta reparó en que Warndon parecía haber olvidado un detalle.

—¿Y armas? Sólo veo un cuchillo...

—Es todo lo que necesitamos, y sólo para abrir las latas que carecen de llave —

contestó él.

—Pero en Okunor-2 hay animales salvajes, fieros...

—Repito que no

necesitamos armas. ¿ Está dispuesta ? Violeta suspiró.

—A veces me pregunto si no me equivoqué al buscarle a usted y si no debía haber contratado a otro —dijo.

—A estas horas, ya estaría muerta. Por falta de oxígeno.

Ella se puso colorada. No podía oponer ninguna objeción al reproche de Warndon.

Dos horas más tarde, alcanzaron la linde del bosque. A través de las gafas oscuras de que Warndon la había provisto, Violeta divisó la inmensa extensión de terreno pelado, de color rojoamarillento, que se dilataba ante sus ojos hasta perderse de vista.

—¿Hemos de caminar por este horrible desierto? — preguntó, temerosamente.

—Sí. El desierto de Shom-Hivvom es el mejor camino para llegar a la capital de Okunor-

2 por donde menos nos esperan.

## CAPITULO VII

Tres días más tarde, en medio de una temperatura de fuego, Violeta se desplomó al pie de una roca, que proporcionaba un poco de sombra.

—No puedo más —jadeó.

Warndon sonrió comprensivamente. Se quitó la mochila y, arrodillándose a su lado, abrió una cantimplora y mojó sus sienes y mejillas con el líquido.

—Me he portado mal con usted —dijo—. No se me ocurrió pensar que su resistencia física podía tener un límite.

—Pero seguiré...

—Sí, mujer, claro que seguirá. De todos modos, como no nos corre prisa, descansaremos aquí hasta el anochecer. Tiéndase en el suelo y procure relajarse.

Violeta asintió. Cerró los ojos y se esforzó por olvidar sus padecimientos físicos.

Pasó un largo rato. Abrió los ojos y vio a Warndon que estaba sentado a dos pasos de distancia, con las piernas cruzadas y los párpados entreabiertos.

—Rhys —llamó.

—Eh... —Warndon sacudió la cabeza—. Ah, era usted.

—¿Estaba  
concentrándose?

Lo siento.

Warndon  
sonrió.

—No se preocupe. Solamente me relajaba para descansar.  
Hable sin temor —contestó.

—Es... Bueno, todavía no se lo he preguntado, pero... yo me siento muerta de curiosidad. ¿Por qué le condenaron a muerte?

—Hay algo en Okunor-2 que sólo los privilegiados pueden poseer. Algunos lo tienen por herencia, el caso de la reina Thaydia, su padre, cuando vivía... y sus hijos, cuando se case

y los tenga. Otros, en cambio, poseen esa virtud por propios méritos. Pero, de todos modos, nadie que no haya nacido en Okunor-2 puede conseguir... esa propiedad.

—¿Qué propiedad es, Rhys?

—El polimorfismo.

Violeta abrió la boca estúpidamente.

—¿Y usted...?

Warndon asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Sí, yo también soy polimórfico, pero no por herencia, sino por adquisición, digamos. Al hombre que me enseñó a ser polimórfico lo desterraron del planeta. Yo pude escapar a tiempo, pero ello no impidió la condena a muerte, que se ejecutará apenas me atrapen.

De pronto, se echó a reír.

—Pero no me pescarán,

no se preocupe —

añadió. Violeta le

contemplaba con

inmensa admiración.

—De modo que usted puede..., puede transformarse en cualquier cosa...

—Sí. No resulta fácil de realizar, ni mucho menos de aprender. Yo pasé tres años de durísimo aprendizaje, pero nunca lo hubiera conseguido, si el hombre que me lo enseñó, no me hubiera juzgado digno de sus enseñanzas.

—Me siento... Yo creía que eran fantasías de la gente...

—Es algo que no suele verse fuera del círculo de los iniciados. Además, los que poseen

esa facultad, no la exhiben constantemente, como si fueran fenómenos de feria. Y, en determinadas circunstancias, no se puede realizar la transformación. O cuesta muchísimo y podría provocar la destrucción física del individuo.

—¿Cómo se consigue eso? ¿Educación de la mente?

—Sí, pero resultaría largo de explicar... De todas formas, a usted ya le he hecho una demostración de mi polimorfismo.

—¿Cuándo? No he visto que cambiara de figura —exclamó Violeta, asombrada.

—Me convertí en humo y simulé un bosque incendiado.

—Oh... Oiga, ¿qué me dice de su facultad para poder vivir en el espacio y pasarse dos días sin respirar?

—Suspensión de las facultades mentales, por concentración mental. El esfuerzo es grande; por eso, durante el viaje, recurrí a la droga.

—Entiendo. —De pronto, Violeta exclamó—: Rhys, me parece que va a tener que usar de nuevo su facultad polimórfica.

Warndon siguió con la vista la dirección de la mirada de Violeta. A unos mil metros de distancia, divisó una nubecilla de polvo que se movía rápidamente hacia ellos.

Otra nube apareció un segundo después... y otra y otra... En cortísimos momentos, Violeta pudo darse cuenta de que las nubes de polvo eran producidas por los pies de unos individuos que se movían con indescriptible rapidez.

\*

\*

\*

El primero de los desconocidos se detuvo a pocos pasos de la pareja. No hacía falta, por otra parte, acercarse más, debido a la larguísima lanza de que estaba armado, de más de cuatro metros de longitud, terminada en tres puntas aguzadísimas y con los filos como navajas de afeitar. Los siguientes llegaron en cinco segundos más y formaron un

amenazante semicírculo en torno a la pareja.

Atónita, Violeta observó que aquellos hombres, escasamente vestidos, tenían apenas un metro de estatura, no obstante lo cual eran perfectamente proporcionados. Pero su expresión era de total hostilidad.

—Transfórmese, Rhys —exclamó, recobrada de su sorpresa—. Cambie su figura...

—Ahora no puedo. Los shandorianos están prevenidos siempre contra una eventualidad semejante —contestó él.

—¿Shandorianos? —dijo Violeta, asombrada.

—Sí, nativos del país de Shandor, la única región de Okunor-2 que no reconoce la supremacía de Thaydia.

—Así es —confirmó el jefe de los diminutos guerreros—.

¿Sois partidarios de Thaydia?

—Somos partidarios de nosotros mismos, jefe Duur —contestó Warndon.

—Me conoces —exclamó el shandoriano.

—¿Quién podría ignorar tu fama como guerrero y como autor de las hazañas más osadas? ¿Quién podría desconocer que tus pies son más veloces que el viento y sólo un poco más lentos que el pensamiento?

«Los halagos no parecen hacer mella en el diminuto individuo», pensó Violeta.

—Todo lo que has dicho es cierto —repuso Duur—. Pero no por ello conseguirás

ablandar  
mi  
corazón.

—Tú nunca has matado a  
un hombre desarmado...

—He matado a muchos y no me importó si tenían armas o  
no; solamente lo hice cuando me provocaron... o  
desobedecieron mis órdenes.

Warndon adivinó las  
intenciones del  
shandoriano.

—Entonces, vas  
a darnos órdenes

—dijo.

—

Sí.

¡En  
pie,  
pronto!

Warndon se incorporó y asió por el brazo a la joven, para  
ayudarla a levantarse. Violeta, muy pálida, contempló las  
lanzas trifoliadas, cuyas puntas estaban siempre a cortísima  
distancia de su cuerpo.

—Vais a venir con nosotros; os  
necesitamos —decretó Duur,  
Warndon frunció el ceño.

—No nos harás marchar a  
vuestra velocidad —dijo.

—¿Por qué no? —sonrió Duur malignamente—. Bien  
mirado, sólo necesitamos a uno de los dos.

Violeta  
se  
aterró.

—Corrían a más de ochenta a la hora —exclamó—.  
¿Cómo vamos a poder nosotros... ?

—No se preocupe —dijo Warndon—. No puedo

transformarme, es cierto; pero eso no significa que haya perdido todas mis facultades. Cuando quieras, Duur.

—Voy a haceros una advertencia —dijo el jefe shandoriano

—. Os daremos cien metros de ventaja. Luego, nosotros echaremos a correr, con las lanzas en ristre. Eso es todo.

—Nos

traspasarán

—gimió

Violeta.

De pronto, Warndon se inclinó y la levantó a pulso. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró cabalgando sobre los hombros del joven.

—

Eh,

eso

no...

Pero Warndon cortó en seco las protestas de Duur.

—No has prohibido que yo transportase a mi pareja.

Duur sonrió malignamente.

—Está bien —cedió—. Os necesitábamos, pero si nos quedamos sin vosotros, ya encontraremos otras presas.

¡Vamos, camina!

Warndon se

llenó los

pulmones de

aire.

—Sujétate

bien,

Violeta —

ordenó.

Ella se agarró con ambas manos a la cabeza del joven. De pronto, Warndon dio un salto hacia adelante.

Los primeros metros fueron cubiertos a moderada velocidad.

Gradualmente, Warndon aceleró la marcha, hasta que, al

llegar a la distancia señalada, corría ya de una forma increíble.

Detrás de ellos sonó un feroz aullido. Violeta volvió la cabeza y divisó a los seis hombrecillos moviéndose tras ellos a toda velocidad.

Duur llegó a pocos pasos de la pareja. Alzó su lanza y se dispuso a descargar el golpe mortal, pero, de repente, Warndon se distanció cincuenta metros.

—Duur, Más-Veloz-Que-El-Viento, ¿te has convertido en una tortuga? —gritó burlonamente.

Duur lanzó un aullido de rabia y aceleró el paso, pero cuando ya estaba a punto de

alcanzar al joven, Warndon se distanció por segunda vez.

Otro guerrero relevó a su jefe. Warndon le ganaba fácilmente.

Violeta sintió en su rostro el soplo del viento. ¿Cómo era posible que un hombre pudiera correr a cien kilómetros por hora y, además, con una carga de cincuenta y cinco kilos sobre los hombros?

Pero Warndon no parecía sentir la menor fatiga. De pronto, aceleró todavía más la marcha y viró en redondo, describiendo en contados segundos un círculo completo, que le llevó a la retaguardia de los atónitos shandorianos.

—¡Eh, que os pilló! —gritó, descaradamente burlón.

Duur y sus guerreros bramaban de furia. Volvieron sobre sus pasos, pero Warndon atravesó la línea, convertido en una sombra borrosa, antes de que pudieran aprestar sus lanzas.

Violeta creía soñar.

—En cualquier momento, me despertaré...

—¿Te cansas? —gritó Warndon de pronto.

—No, no. Sigue, Rhys, sigue.

Los shandorianos se habían convertido en unos puntitos rojos en el horizonte. Warndon refrenó la marcha y se detuvo.

—Me apearé —dijo ella.

—No; espera; sólo estoy descansando un momento. Violeta giró la cabeza.

—Están a dos kilómetros —informó.

—Estupendo. —Warndon miró a derecha e izquierda—. Este paisaje me resulta familiar —exclamó de pronto.

—Debes de conocerte el planeta de cabo a rabo —dijo ella.

—Bastante bien, lo admito.

Los shandorianos seguían acercándose. De pronto, Warndon echó a correr de nuevo. Un minuto después, divisó en lontananza un cerrillo de forma cónica, sobre el cual se

divisaba una construcción de pequeñas dimensiones.

—Creo que estamos salvados —dijo.

Apretó el paso. Violeta se volvió una vez y contempló pasmada la nube de polvo levantada por los pies del hombre que la transportaba con la misma facilidad que si fuese una pluma.

Apenas un minuto más tarde, llegaron a la cumbre del cerro.

—Puedes bajarte —indicó Warndon.

Ella obedeció. La casa que había ante sus ojos era cuadrada, de techo plano y paredes macizas. No parecía tener puerta, pero Warndon se acercó a uno de los muros y empujó con la mano derecha.

Una abertura surgió en el acto.

—Entra.

Violeta avanzó cuatro o cinco pasos. La puerta giró nuevamente a sus espaldas.

—Estamos en seguridad —sonrió Warndon.

## CAPITULO VIII

Las paredes eran de vidrio ahumado, lo cual matizaba la fuerte luz solar. La decoración era espartana: un par de esteras y una mesa con dos taburetes. Pero, al fondo, Violeta, pasmada, divisó media docena de rosales.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Aquí pasé yo tres años de duro aprendizaje —contestó—. Era la residencia de un hombre que en la Tierra sería conocido bajo el nombre de lama, si bien sus conocimientos y técnica no pueden compararse con los de los lamas tibetanos. Se llama Kset-Nu y es quien me enseñó cuanto sé.

—Incluso a correr a ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Es el poder de la mente sobre el cuerpo —sonrió Warndon—, Claro que no conviene abusar.

Violeta miró a través de las paredes transparentes, opacas desde el exterior. Duur y los suyos se habían detenido a unos cien pasos de distancia.

—Parecen amedrentados —comentó.

—Sí; y, desde luego, si Kset-Nu estuviera aquí, ya los habría hecho huir más que aprisa. Pero yo soy todavía un simple discípulo; para llegar a ser un maestro como Kset-Nu, habría necesitado un par de décadas de aprendizaje.

Ella le miró con admiración.

—Si haces tanto, con tan poco aprendizaje, ¿qué no hubieras conseguido después de veinte años?

Warndon sonrió, a la vez que meneaba la cabeza.

—Nunca pude curarme del todo el vicio de ser un poco impaciente —contestó—. Pero, ven, te enseñaré el baño...

Había una habitación de paredes opacas. Violeta encontró en ella una pileta de unos tres metros de lado por uno de profundidad. Un surtidor del diámetro de un meñique, alimentaba constantemente la pequeña bañera.

Había una estantería con ropajes, que notó eran ligeros y suaves. Miró al joven y sonrió.

—Sí, creo que necesito un buen baño —dijo.

—Cuando salgas, tendrás preparada la comida —anunció Warndon.

—Por lo visto, aquí no falta de nada, Rhys.

—Hay menos de lo que deseáramos. Kset-Nu es un hombre muy parco. No nos faltará jamás el agua, pero la cuestión de la comida es ya otro asunto.

Warndon dejó sola a la joven. Violeta se desnudó rápidamente y entró en la pileta, gozando de la frescura del líquido. Al cabo de largo rato, y mucho más confortada, salió, se secó y, después de vestirse, volvió a la sala.

Sobre la mesa había dos platos y dos vasos con agua. Los platos contenían sendas tortas de color amarillo oscuro.

—Son escasamente sabrosas, pero muy nutritivas —indicó Warndon.

—¿Puedo comerme la mía entera? —consultó Violeta.

—Si. Hay seis más. Cuando se acaben...

Warndon dejó la frase sin concluir. Violeta asintió en silencio.

Mordisqueó una de las tortas. Luego, a solas, mientras él se bañaba, contempló el exterior.

Insensibles a los ardores del sol, Duur y cuatro de sus guerreros permanecían en actitud expectante frente a la casa. Entonces, Violeta reparó en un detalle.

—Falta uno —dijo, cuando Warndon regresó de su baño—. Es probable que haya ido en busca de refuerzos.

—Seguro —admitió él con toda tranquilidad.

\*

\*

\*

—¿Por qué te expulsó mi padre de su empresa? —preguntó Violeta, un poco más tarde.

—Me envió a Okunor-2 con una misión. No sólo no la cumplí, sino que, además, estuve tres años en este planeta, sin aparecer por la Tierra. Cuando regresé...

—Te despidió.

Warndon asintió.

—Quise explicarle lo sucedido —añadió—. El no me escuchó siquiera. En el paroxismo de su cólera, llegó incluso a golpearme.

Violeta lanzó una exclamación de asombro:

—

¡Eso

no

lo

sabía

yo,

Rhys!

Warndon

sonrió.

—Y luego me persiguió, logrando que ninguna otra compañía de astronavegación me contratase.

—Por eso le odias.

—Ya no. Si lo dije, fue en un impulso, del que ahora me arrepiento. Odiar no es bueno; el que odia, padece aún más que el odiado.

—Tampoco sentías ninguna simpatía por Phil Nedsell.

—Lo admito. Me quitó la novia con la que me iba a casar. Luego la abandonó, en cuanto, al cubrirse mi vacante, ascendió en la compañía de tu padre.

—Phil nunca me habló de eso —declaró Violeta.

—Bueno, no tiene ninguna importancia. Son cosas que pasan en la vida de los humanos

—dijo Warndon jovialmente.

—Phil dijo que quería labrarse una posición. Por eso vino a Okunor-2, en vista de que mi padre no quería que yo fuese su mujer.

Warndon hizo un gesto de duda.

—¿Qué, no me crees? —preguntó ella, picada.

—Quizá no conoces toda la verdad —repuso Warndon—. Después de lo que me pasó a mí, es posible que Phil no viniera a Okunor-2 por propia iniciativa, aunque, eso sí, con la ambición de llegar a ser alguien tan importante como su futuro suegro.

Violeta frunció el entrecejo.

—Nunca me dijo claramente los motivos que le impulsaban a viajar a Okunor-2 —murmuró—. Habló, por supuesto, de grandes riquezas, pero no dijo cómo ni en qué consistía el modo de hacer fortuna en este planeta.

Warndon señaló hacia los shandorianos, que seguían inmóviles bajo el ardiente sol del

desierto.

—Esos son los que impiden que nadie, ajeno a Okunor-2, pueda hacerse rico —dijo.

—Esas lanzas son horribles —se estremeció Violeta—. ¿Qué mente retorcida inventó un arma tan espantosa ?

Los hierros de las lanzas destellaban de cuando en cuando. Eran fácilmente visibles aquellas tres largas hojas, de más de cuarenta centímetros de longitud, por diez de anchura, situadas a la manera de un tridente, pero en paralelo y con una separación de cinco centímetros escasamente.

—A los shandorianos les gusta —dijo Warndon— Y con su innata rapidez para moverse, resultan irresistibles en el combate.

—Hay armas de fuego...

—No se usan en Okunor-2.

El sol empezaba ya a descender hacia el horizonte. Con la barbilla apoyada en una mano, Violeta miraba hacia el exterior.

—Rhys, ¿hemos de permanecer aquí mucho tiempo? —preguntó. Warndon hizo una mueca.

—Quizá consiga llegar a un acuerdo con Duur —contestó—. Pero no antes de mañana; tengo que descansar.

Estiró los brazos y sonrió.

—Voy a dormir —anunció—. Cuando tengas sueño, usa una de las esteras. Y duerme tranquila; esta casa es invulnerable.

Ella le dirigió una sonrisa. Warndon caminó hacia una de las esteras, se tendió en ella, rígido, estirado, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

Violeta le observó durante unos momentos. Las inspiraciones de Warndon, reflejadas en los movimientos de su pecho, eran muy lentas. Calculó que sólo respiraba cuatro o cinco veces por minuto.

—Una relajación completa —adivinó. Y luego, sin poder

contenerse, dijo algo que la hizo enrojecer fuertemente—; ¡Qué hombre, qué hombre!

La noche cerró. Cansada, Violeta se tendió a dormir.

Fue un sueño profundo, reparador. Despertó con los primeros rayos de sol. Miró hacia su izquierda y vio vacía la estera de Warndon. Ello la hizo sentir un pánico tremendo, al pensar que se había quedado sola.

—¡Rhys! —gritó.

—No chilles, mujer —contestó él alegremente—. Sólo estaba cuidando los rosales de mi maestro.

Violeta se sentó en el suelo. Al otro lado de la casa, Warndon, con el cuchillo, podaba las ramas de los rosales. El suelo en que crecían aparecía húmedo. Una singular fragancia llenaba el ambiente.

Atónita, divisó un ramo de enormes rosas rojas, en un vaso lleno de agua. Poniéndose en pie, caminó hacia la mesa y hundió el rostro en aquella fragancia, tan suave y deliciosa como no había percibido jamás.

—Maravilloso —exclamó, sin poder contenerse.

—La vida, desgraciadamente, no es tan maravillosa como un ramo de flores recién cortadas —dijo Warndon—. ¡Mira hacia el desierto!

Ella se irguió y  
tendió la vista al  
exterior. Un grito  
de asombro brotó  
de sus labios.

La llanura negreaba de diminutos guerreros. Cientos, tal vez millares de lanzas trifoliadas, devolvían espejeantemente la luz del sol.

Y los guerreros, advirtió Violeta bien pronto, rodeaban por completo el edificio.

—Duur está dispuesto a no dejarnos escapar —exclamó.

Violeta sintió un escalofrío. La temperatura en el interior del cubículo era excelente, templada, sin los ardientes rigores del exterior. Pero, aun así, le pareció que, de repente, acababan de aplicarle un bloque de hielo a la espalda.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, atemorizada.

—Hay algunas razas para las que el valor y la fuerza física, aparte de la dignidad, representan mucho. Esperemos que estas consideraciones nos sirvan de algo a nosotros en las actuales circunstancias —respondió Warndon.

—Tú tratas de  
decirme algo —  
adivinó ella.

Warndon se  
volvió hacia la  
joven y sonrió.

—Sí —confirmó—. Es preciso parlamentar con Duur.

\*

\*

\*

Warndon abrió la puerta, que funcionaba por medio de algún mecanismo invisible para Violeta, y salió al exterior. Un enorme griterío acogió su presencia.

El círculo de guerreros se estrechó. Sin embargo, ninguno

de los hombres diminutos se acercó a menos de cincuenta metros de la casa. Violeta adivinó que sentían un temor respetuoso por el lugar; podían no entrar allí jamás, pero, al mismo tiempo, estaban dispuestos a no dejar salir a sus ocupantes.

Warndon alzó la mano derecha.

—¡Duur! —gritó con poderosa voz—.

¡Quiero parlamentar contigo! El jefe de los hombrecillos dio un par de pasos hacia adelante.

—No tenemos nada que hablar —declaró—. Entrégate, con la hembra que te acompaña. De lo contrario, os cercaremos hasta que os veáis obligados a sortear cuál de los dos ha de servir de comida al otro. Y, qué comerá el superviviente, cuando haya agotado la carne de su pareja?

Un alud de carcajadas atronó la llanura, como un coro aprobatorio de las palabras de Duur. Violeta se horrorizó al pensar en la perspectiva que tan gráficamente les había pintado aquel diminuto individuo.

—Hablas neciamente, Duur —contestó Warndon con acento despectivo—. Tus palabras son tan estúpidas como los pensamientos que las han inspirado. ¿Es que ya no te acuerdas de lo que pasó ayer, hombre-tortuga ?

Duur palideció de rabia y blandió la lanza.

—No llegas hasta aquí —le desafió Warndon—. Y si tiras tu lanza, ¿de qué arma dispondrás después ? Hagamos un trato, es lo mejor para ambos bandos. De lo contrario, me meteré en la casa y esperaré a que el sol os derrita los sesos. Y cuando estéis cansados, medio muertos de sed, saldré y atravesaré vuestras filas como si fuesen de mujeres sin armas.

—Lo que dices son baladronadas —rugió Duur—. Y no habrá trato...

—¿Estás seguro? Te apuesto mi libertad y la de mi hembra, contra un viaje, o diez, o veinte, los que quieras, al Barranco de los Esqueletos.

Un murmullo brotó de las filas de los hombrecillos, profundamente impresionados por aquellas palabras. Duur adelantó ligeramente el busto, como si se sintiese atraído por la proposición.

—¡Veinte viajes! —gritó.

—Acepto —dijo Warndon en el acto.

—Pero los harás, bajo mis condiciones.

—No hay inconveniente, siempre que des tu palabra de dejarnos libres al terminar mi trabajo.

—Y subirás del barranco una carga equivalente a la mitad de tu peso, por lo menos, en cada viaje.

—También estoy de acuerdo, Duur.

—Está bien. Si cumples tu trabajo, quedaréis libres. Pero no. podrás emplear otros recursos que los naturales y, para evitar que me engañes, llevarás un collar anulador.

Warndon sonrió.

—¿No crees que sea tan fuerte como para bajar al Barranco de los Esqueletos veinte veces y subir otras tantas, eh ? Pero yo te diré otra cosa, Duur, hombre- tortuga. Bajaré y subiré veinte veces, con una carga de la mitad de mi peso por lo menos, con el collar anulador. ¡Pero si no cumples tu palabra, entonces yo, El-Que-Corre- Mil-Veces-Más-Que- El-Más-Veloz, te destrozaré vivo en mil pedazos, y descuartizaré también a todos tus guerreros; y nadie del pueblo diminuto, hombres, mujeres, niños y ancianos, escapará a mi venganza, y de vuestro pueblo orgulloso sólo quedarán un día esqueletos repugnantes que blanquearán al sol!

A Violeta aquella amenaza le pareció pura fanfarronada, muy efectista; pero los hombrecillos dieron la impresión de sentirse casi atemorizados. Al cabo de unos segundos de pausa, Duur dijo:

—He dado mi palabra. Cumple tu trabajo y tú y tu hembra

quedaréis en libertad.

El hombrecillo agitó una mano. Un guerrero se adelantó y le entregó un grueso collar metálico, cerrado por un candado especial.

—Vamos —ordenó Duur.

—¿Estás lista, Violeta? —preguntó Warndon.

—Sí, pero no puedo evitar sentir mucho miedo, Rhys.

—Ya no hay motivos para temer. ¿No recuerda antes lo que le dije sobre el valor y la dignidad de algunas razas? Si yo bajo al Barranco de los Esqueletos...

—¿Por qué le dan ese nombre? —preguntó Violeta, llena de curiosidad.

—Es lógico —sonrió él—. Está lleno de los esqueletos de los hombres que bajaron al fondo y no volvieron a subir jamás.

Ella sufrió una fuerte sacudida.

—Y tú...

—Sí, yo bajaré y subiré veinte veces, con la carga que hemos acordado. Pero no temas, en peores me he visto

Agarró la mano de la joven y echó a andar hacia los  
hombrecillos. Violeta no se sentía

muy segura, pero pronto pudo ver que no les causarían el menor daño.

Al llegar junto a Duur, Warndon se arrodilló. El jefe de los minúsculos guerreros puso el collar en torno a su garganta y lo cerró con el candado.

—Ahora no podrás emplear otras facultades que no sean las de tu propia fuerza —dijo, satisfecho.

Warndon se puso en pie. Violeta comprendió el objeto de aquel collar. A partir de aquel momento, Warndon era un hombre corriente.

Su fabuloso poder de concentración quedaba anulado. Ya no podría convertirse en otra cosa ni tampoco correr con aquella fenomenal velocidad, que le había permitido escapar sin dificultad de la persecución de Duur y sus guerreros.

—En marcha —ordenó Duur.

—Un momento —pidió Warndon—. Hay casi una jornada hasta el Barranco de los Esqueletos. Ordena a tus hombres que preparen angarillas con las lanzas y que nos lleven hasta allí, a mí y a mi pareja.

Duur se enfureció.

—Eso no figura en el trato...

—No lo hemos discutido siquiera. Por tanto, es una condición que impongo yo ahora mismo y que debe ser cumplida. O, ¿no recuerdas ya la utilidad que te van a reportar mis veinte viajes al fondo del barranco?

El jefe de los hombrecillos se resignó. Minutos más tarde, Violeta, atónita, viajaba en unas angarillas sostenidas por los hombros de dieciséis guerreros que, a pesar de su carga, se movían sin dificultad a sesenta kilómetros por hora.

A un par de metros de distancia, Warndon, tumbado sobre su improvisada litera, reposaba, con las manos bajo la nuca. Una vez, se volvió un poco, miró a la joven y guiñó un ojo. Violeta, sin saber las causas, se sintió mucho más confortada.

## CAPITULO

### IX

Warndon terminó de preparar la bolsa a su gusto. En el interior de ella metió una rústica balanza, con las piedras que representaban la mitad de su peso. Arriba quedaría otra balanza análoga, con un peso similar de piedras, para evitar fraudes.

Violeta se había asomado una vez al Barranco de los Esqueletos. Sintió en el acto un vértigo espantoso y estuvo a punto de caer al vacío. Allá abajo, a una distancia que le pareció inmensa, pudo ver unas diminutas manchitas blancas, los esqueletos de los hombres condenados por Duur a una horrible tarea, cuyos beneficios ignoraba ella todavía.

Las paredes del barranco, que se extendía como un colosal hachazo en la llanura, hasta casi perderse de vista en ambos sentidos, eran completamente verticales. Se divisaban, sin embargo, algunos salientes, pero la joven dudó mucho de que Warndon pudiera utilizarlos en su terrorífico descenso. Violeta calculaba la profundidad del barranco en tres o cuatrocientos metros; una distancia capaz de helar la sangre del hombre de nervios más templados.

Warndon, sin embargo, parecía completamente tranquilo.

Violeta le miró, mientras realizaba los últimos preparativos. El pueblo de los hombrecillos quedaba atrás, a unos mil metros de distancia, conjunto de colmenas de barro muy duro, en forma cónica y con una sola abertura para todos los usos. Las casas estaban formadas en círculo, en el centro la del jefe Duur y su familia.

El lugar hormigueaba de nativos. Violeta apreció que las mujeres jóvenes eran bonitas y bien formadas, aunque su estatura difería en diez centímetros menos que la media de los varones. Los chiquillos parecían muñequitos y corrían y alborotaban por todas partes, aunque los mayores evitaban que se acercasen al barranco.

Una vez más, Violeta miró hacia abajo. Entre las manchas

blancas que eran los esqueletos, se veían chispear unas piedras muy brillantes. De pronto, sintió vértigo de nuevo y se retiró a unos pasos del borde.

Warndon se colocó la bolsa a la espalda. Duur le miraba fijamente.

—No puedes parar —advirtió—. Los veinte viajes tendrán que ser seguidos. Aunque tu hembra, por supuesto, podrá tenerte preparada agua y comida cada vez que subas. Pero si no has terminado al llegar la noche, tendrás que seguir sin luz.

—De acuerdo.

Habían pasado una noche en el poblado de los hombres pequeños. La aventura iba a dar comienzo al amanecer. Violeta empezó a calcular el tiempo que emplearía Warndon en los veinte viajes, pero, de pronto, le entró dolor de cabeza y dejó de pensar en ello.

Warndon se le acercó.

—Si no te sientes con ánimos suficientes, no mires —dijo—. Pero, si quieres mirar, tiéndete de pechos, con la cabeza fuera del borde solamente. Ah, y no dejes de tenerme preparada agua y comida.

Violeta estaba a punto de echarse a llorar.

—Todo esto lo haces por mí —gimió.

—¿Quién? ¿Yo? —rió él—. No, mujer, lo hago por Phil Nedsell.

Ella se quedó atónita. Antes de que pudiera replicar a las palabras del joven, Warndon estaba ya colgado con las dos manos del borde del precipicio.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego, vencida por la curiosidad, se tendió de bruces en el suelo y asomó la cabeza fuera del borde, tal como la había aconsejado Warndon.

Su respiración se suspendió maquinalmente. Warndon bajaba lentamente, palmo a palmo, agarrándose con las manos a los menores salientes, a la vez que tanteaba con los pies, puntos de apoyo que le permitieran una mayor facilidad en el descenso.

Cincuenta metros más abajo, Violeta, aterrada, se dio cuenta de que Warndon estaba colgado de un saliente por las manos. Pero el muro era absolutamente liso durante tres o cuatro metros. El próximo saliente, una especie de cornisa de unos dos palmos de anchura, estaba lejos de sus pies.

Warndon volvió la cabeza hacia abajo. Estudió un instante la situación y luego, con leve impulso hacia afuera, se soltó del asidero.

Violeta chilló incontinentemente. A ambos lados sonaron gritos de asombro.

Warndon descendió a plomo. En el último instante, se asió a la cornisa y quedó suspendido en el vacío. Duur lanzó un salvaje alarido de júbilo.

Violeta se dio cuenta de que no veía bien. Eran las lágrimas, adivinó a poco. La humedad desenfocaba su visión. Con gran alegría, se dio cuenta de que Warndon descendía con segura lentitud.

Al cabo de un tiempo que le pareció interminable, vio una figurita que se movía por el fondo del barranco. Varios pajarracos, semejantes a buitres, levantaron el vuelo, graznando indignados al ver interrumpido su macabro festín. Violeta se dijo que los córvidos debían de tener el alimento garantizado en aquella horrible sima.

Por su parte, Warndon se descolgó la mochila. Sacó la balanza y las pesas y empezó a trabajar.

Entonces, repentinamente, Violeta recordó que debía buscar agua y comida para el joven. Se puso en pie y corrió hacia la aldea.

En la mayoría de las chozas de barro había un cántaro en el exterior. Violeta eligió la primera que le salió al paso, en la que, además, sobre una tabla, vio secándose unas tortas de alimento, que le parecieron similares a las que había comido en casa de Kset- Nu.

Sin vacilar, se dispuso a apoderarse del cántaro. Entonces, la dueña de la casa, una mujer joven y bien parecida, de unos noventa centímetros de estatura, salió del interior y le prohibió que tocara nada de su propiedad.

\*

\* \* Violeta se quedó  
parada al recibir la  
negativa.

—Pero el jefe Duur ha dicho que...

—Que te dé él comida y bebida. Esto es mío y de mi familia y no consentiré que lo toques.

Varias mujeres se unieron a la primera y empezaron a insultar a la terrestre. Violeta se

puso pálida.

La hostilidad era general. A poca distancia, dos guerreros, apoyados en sus lanzas, se reían de ella descaradamente.

De súbito, Violeta percibió un velo rojo ante sus pupilas. Si aquellas mujeres eran salvajes, ella les demostraría que podía ser más fiera y más salvaje aún que ellas.

«De nada serviría la debilidad, sino de burla y desprecio», pensó.

Repentinamente, sin previo aviso, saltó hacia uno de los guerreros y le arrebató su lanza.

El hombrecillo intentó protestar. Violeta le asestó un terrible puntapié, que lo envió a varios metros de distancia. Su compañero dijo algo y ella, hecha una furia, le golpeó en la cabeza con la lanza.

El mástil se partió por la mitad, mientras el guerrero se desplomaba sin sentido. Sin hacer caso de los dos hombres caídos, Violeta giró sobre sus talones y empezó a mover con tremendo ímpetu aquel improvisado garrote.

Dos mujeres rodaron descalabradas por el suelo. Las demás, huyeron lanzando chillidos de terror, furiosamente perseguidas por la terrestre, que movía el palo implacablemente, castigándoles con ferocidad las espaldas y las piernas. El terreno quedó así despejado.

Duur acudió al fragor del escándalo. Jadeante, despeinada, con los cabellos completamente revueltos, Violeta le miró desafiante.

—He pedido agua y comida y me la negaron —declaró—. Tú no me dijiste cómo lo podía obtener y yo lo he conseguido a mi manera.

El vestido de la joven estaba roto y desgarrado. El tirante izquierdo se rompió, y su seno quedó al descubierto, pero ella no hizo caso. Siguió mirando con expresión retadora al jefe de los hombrecillos.

—El agua y la comida son tuyos —decretó

Duur. Violeta arrojó a un lado el palo.

—Gracias —dijo.

Agarró el cántaro y una torta y caminó hacia el barranco, en medio de un respetuoso silencio. Nadie se atrevió a cortarle el paso.

Al llegar junto al borde, se arrodilló. Warndon emprendía la ascensión en aquel momento. Violeta tembló al pensar solamente que aún quedaban diecinueve viajes a aquella espantosa sima.

Warndon llegó al fin y se arrodilló en el suelo. Unos cuantos hombrecillos se apoderaron de su bolsa en el acto, en medio de una gran excitación.

Violeta se arrodilló junto al joven y le ofreció el cántaro, sin cuidarse en absoluto de su semidesnudez.

—

Bebe

—

dijo  
suavemente.

Warndon  
sonrió.

—Pareces la samaritana —murmuró. Tomó unos sorbos de agua y se echó el resto por encima de la cabeza. Todavía chorreante, añadió—: La cosa ha estado difícil ahora, pero este primer viaje me ha servido para encontrar otro camino mucho mejor.

—Creí que te estrellarías contra el suelo...

—Es cuestión de concentración, aunque sea en «dosis» normales —sonrió él.

—Sí, desde luego —contestó Violeta, comprendiendo el sentido de aquellas palabras—

Pero, ¿no terminarás agotado ?

—Un poco cansado —respondió Warndon llanamente—. Sin embargo, no debes preocuparte más de mí. Preocúpate más de...

La voz de Duur resonó de pronto.

—¡Peso

correcto!

¡Abajo otra

vez!

Warndon

se puso en

pie.

—Quizá coma algo en el próximo viaje —dijo—. Ahora no tengo apetito. No dejes de llenar el cántaro.

—Descuida —contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas. Y esta vez no se atrevió a contemplar el descenso de Warndon.

De pronto, recordó que aún ignoraba los motivos de la apuesta. Volvió la cabeza y divisó una rústica fuente de barro, llena de pedruscos que brillaban cegadoramente.

Dos de los guerreros sostenían la bandeja. Violeta se acercó a ellos y contempló aquellas piedras, que refulgían como jamás había visto.

A su lado, Duur sonrió.

—Traficamos con los ultradiamantes —dijo lacónicamente. Ella asintió. Era toda una explicación.

—Pero ¿qué pasa cuando no tenéis gente que baje al barranco? —preguntó.

—Oh, nunca faltan tipos codiciosos —respondió Duur displicente—. Claro que de cien, mueren noventa y cinco o noventa y seis, pero ¿qué sucedería si permitiésemos que cualquiera viniese a llevarse nuestra riqueza?

Violeta meneó la cabeza. Contempló el primitivo poblado y se preguntó para qué querían aquellos seres la riqueza, si no sabían aprovecharse de ella. Pero tampoco le importaba saberlo.



## CAPITULO

### X

Anocheecía ya, cuando Warndon hizo su último viaje. Violeta le aguardaba impaciente y vertió sobre su cuerpo sudoroso todo un cántaro de agua. Luego le ofreció de otro que tenía preparado, mientras Duur y sus hombres se llevaban la última carga de ultradiamantes.

Violeta se arrodilló junto a Warndon y se apoderó de uno de sus brazos, que empezó a friccionar con ambas manos.

—Debes de estar entumecido —dijo.

—Un poco —admitió él—. Pero no debes preocuparte de mí, insisto. Ella, no obstante, continuó su labor.

—¿Nos iremos esta noche? —consultó.

—Mañana, al amanecer. Estamos a menos de una jornada de la capital. Quiero llegar de noche. Entonces, iré a buscar a un amigo, que me proporcionará las piezas necesarias para reparar la astronave.

—Me parece una idea excelente. —Violeta sonrió—En cada viaje subías cuarenta y cinco kilos de diamantes, más o menos.

—Cuarenta y dos y medio —puntualizó él.

—Les has traído cuatrocientos veinticinco kilos de ultradiamantes. Seguro que no han recogido jamás una cosecha semejante.

—Desde luego. Pero lo más importante de todo es que he ganado la apuesta.

—¿Nos dejarán libres? —dudó ella.

—Sí.

Duur se acercó en aquel momento. Casi no necesitó inclinarse para soltar el collar anulador.

—Podéis iros cuando gustéis —anunció llanamente.

—Gracias, Duur. —Warndon, bruscamente muy serio, miró a la joven—. Ya te dije que no debías preocuparte por mí —añadió—. Y, aunque pensaba decírtelo de otro modo, creo

que lo mejor será no retrasar la noticia. Tampoco debes preocuparte por Phil.

Violeta le miró expectante. Warndon sacó algo del bolsillo y se lo entregó en silencio. Era un reloj calendario espacial, de platino, con brillantes y rubíes de adorno, enorme, pesado, una joya que valía cientos de miles. En la cara interna llevaba una leyenda: «De

V.J. a Ph.N.».

Hubo un momento de silencio. Lentamente, Violeta se sentó sobre sus talones, con las manos crispadas sobre el reloj.

—Ahora comprendo por qué mencionaste la reparación de la nave y no hablaste para nada de averiguar el paradero de Phil —murmuró.

—Encontré el reloj en el primer descenso. Fui a decirte algo, pero Duur nos interrumpió. Entonces pensé que sería mejor que conocieras la noticia al final.

Violeta asintió.

—Vine aquí a buscar a un hombre que ya estaba muerto —dijo.

—Hace unos cuatro meses —calculó Warndon. Duur les contemplaba en silencio. De pronto, dijo:

—

Conocí  
al dueño  
de esa  
joya.  
Violeta  
se volvió  
hacia él.

—Tú le empujaste al barranco maldito...

—No. El vino por propia voluntad. Nos ofreció traer seis cargas de diamantes, y la mitad de su peso, en cada carga como tenemos por costumbre. No le habíamos cap- turado ni luchado con él. Hubiéramos aceptado un solo viaje, pero él ofreció seis, repito.

—¿Y . . . ?

—

Falló  
en el  
primer  
intento.  
Violeta  
bajó  
la  
cabeza.

—Fui yo quien le empujó a venir aquí —murmuró, llena de pesadumbre.

—¿Le pediste seis cargas de diamantes? —preguntó Warndon.

—No, nunca le pedí nada...

—El hombre del reloj hizo un trato con nosotros: dos cargas para él, cuatro para nosotros. No nos costaba nada aceptar —explicó Duur.

—Setenta y seis kilos de ultrdiamantes —dijo Violeta, recordando el peso de su prometido.

—Con un par de ellos, habría tenido bastante para ser rico.

¿Por qué quería tantos? —

se sorprendió Warndon.

—No lo sé —murmuró ella—. Rhys, me siento terriblemente confusa...

Warndon se puso en pie y la hizo levantarse. Luego pasó un brazo por sus hombros.

—Pasaremos aquí la noche —dijo, mirando a Duur—. Nos iremos mañana al amanecer. Duur sonrió.

—Tu hembra es brava. Sabe luchar —contestó.

Warndon asintió, aunque no sabía en aquel momento el significado que Duur daba a sus palabras. Estaba mortalmente cansado y, apenas encontró su estera, se tumbó sobre ella y se quedó dormido.

Violeta permaneció a su lado, despierta durante largo rato. Meditaba sobre los motivos que la habían llevado a Okunor-2. De repente, se sentía vacía y sin objetivos. No conocía a los desgraciados que habían muerto en la sima, pero de uno de ellos sabía era ahora un esqueleto por su culpa.

\*

\*

\*

Al amanecer se dispusieron a emprender la marcha. Duur llegó y les entregó sendos diamantes, grandes como el puño.

—Tendréis un recuerdo de vuestra estancia aquí —dijo—. Y entre nosotros, se hablará siempre del Más-Fuerte-Y-Más-Veloz-Que-Ninguno y de su mujer, La-Ardiente-Luchadora.

Warndon sonrió.

—Gracias, jefe —contestó sencillamente.

Violeta estaba muy pálida y tenía grandes ojeras. No dijo nada, limitándose a hacer una simple inclinación de cabeza. Luego, cuando la mano de Warndon tiró de la suya, echó a andar en silencio.

—Te han dado un nombre. Debes sentirte orgullosa —dijo él, a poco de abandonar el poblado.

—Me siento terriblemente desgraciada. Phil murió por mi culpa...

—No te atormentes más. Primero, él vino aquí por propia voluntad. Había otros sitios mejores donde hacer fortuna. Segundo, tú no le indicaste que viajara a Okunor-2, ni siquiera le empujaste a buscar la riqueza. ¿O estoy equivocado?

—No; yo le quería tal como era —admitió Violeta.

—¿Le hiciste alguna vez la menor insinuación de que tratase de mejorar de posición?

—No, Rhys, nunca.

—El, por su parte ya, trató de buscar la riqueza, empezando por intrigar para que le dieran mi puesto, cosa que consiguió.

—¿No te sientes resentido por ese motivo?

—Oh, no —rió Warndon—. Ya había estado con Kset-Nu; mi modo de mirar las cosas materiales era muy distinto. Tres años me cambiaron más de lo que tú te piensas.

Violeta se sintió repentinamente picada.

—Pero yo he oído hablar de tu fama de borrachín y mujeriego... Warndon hizo una mueca.

—Mientras uno sea de carne y hueso, puede permitirse ciertas expansiones, siempre que sea con moderación —respondió—. Algún éxito aislado con una mujer joven y hermosa no se puede considerar como una norma permanente, lo mismo que con el deseo de beber una copa de buen vino. ¿Eres tú déspota, orgullosa y estás envanecida de las riquezas de tu padre?

—Oh, no, en absoluto..., aunque reconozco que la educación en un ambiente de lujo siempre deja huellas en el espíritu.

—Pues a ti, muchos te consideran como yo he dicho. Y no es cierto, ¿verdad? Violeta empezó a sonreír.

—¿Por qué eres tan persuasivo? —preguntó.

—Empleo siempre el argumento adecuado, en el momento conveniente —respondió

él.

A mediodía hicieron alto, a la sombra de unas rocas. El calor era espantoso, agobiante. Violeta se tendió en el suelo, después de refrescarse un poco con el agua del odre que

Warndon había transportado. El, por su parte, cruzó las piernas, entrecerró los ojos y se sumió en sus meditaciones.

Transcurrió un buen rato. Violeta se había dormido. De pronto, oyó voces y abrió los ojos.

Su sorpresa fue enorme al ver a cinco hombres armados que les rodeaban en semicírculo. A uno de ellos, aunque sólo le había visto durante segundos unos meses antes, lo reconoció en el acto.

—¡Miren! —exclamó Leffin—. ¡Es la chica que arrojamos al Gran Canal!

Violeta se sentó en el acto, cubriéndose con una mano los senos escasamente velados por los jirones de ropa que quedaban de su traje. A su lado, completamente inmóvil, estaba Warndon, con los ojos fijos en el jefe de la cuadrilla.

Vitus sostenía en la mano un anticuado pero efectivo revólver de combustión química de seis tiros, calibre 44. El arma apuntaba directamente al cuerpo de Violeta.

—Capitán, no intente usar sus facultades polimórficas —advirtió duramente—. Por muy rápido que sea usted, más lo será mi dedo índice y... ¿Se ha fijado hacia adónde apunta mi revólver?

Warndon asintió lentamente.

—Si, me he fijado —contestón

\*

\*

\*

El silencio que sobrevino después de la respuesta de Warndon duró breves segundos. Vitus lo rompió, diciendo:

—Queremos ir al yacimiento de ultradiamantes. Teníamos un guía nativo, pero se nos escapó a cinco kilómetros de este lugar. Son muy rápidos esos hombrecillos, pero olvidó que las balas del rifle de Patapalo tienen una velocidad inicial de novecientos metros por segundo.

Patapalo palmeó ufano la culata de su rifle pesado, capaz de enviar una bala de dos onzas y dieciséis milímetros de calibre, a tres mil quinientos metros, con toda precisión, a la vez que sonreía de un modo singular.

—Esos tipos corren mucho, en efecto, y todavía corrió ciento cincuenta metros más, antes de que el proyectil que le había atravesado limpiamente, hiciera sus efectos —de- claró.

Violeta se estremeció, mientras Warndon pensaba en lo que acababa de escuchar.

—Decir de un proyectil que atraviesa limpiamente un cuerpo humano, no deja de ser una paradoja —comentó, con supuesto humorismo—. Creo haber oído decir que el guía era nativo.

—Sí, de Shandor —confirmó Zaveri.

—¿Lo encontraste en la capital, Kid? —preguntó Warndon.

—En efecto. Hicimos un trato..., pero, a última hora, el tipo echó a correr. No soporto a la gente que incumple lo pactado —dijo Vitus.

Warndon ocultó una sonrisa, mientras Violeta le miraba ansiosamente. Si había alguien

en quien no se podía fiar sobre el cumplimiento de la palabra dada, era el prestamista.

—Bien, Vitus, puesto que, según parece, eres hombre de palabra, dínos cuáles son tus condiciones —habló en voz alta.

Vitus asintió.

—Primero: No habrá polimorfismo. Segundo; nos llevarás a Shandor. Tercero: Nos guiarás a la mina de ultradiamantes. Entonces, te dejaremos libre.

—¿Y ella? No las has mencionado, Kid —observó Warndon.

—Oh, sí, claro; el mismo

trato. ¿De acuerdo, capitán?

Warndon levantó un ojo al cielo.

—Hoy ya no llegaremos allí —dijo.

—Al anoecer...

—¿No preferirías llegar con una abundante reserva de luz diurna?

—Jefe, Warndon tiene razón —intervino Patapalo—. A fin de cuentas, éste es un sitio tan bueno para acampar como cualquier otro.

Vitus aceptó, aunque no de buena gana. Pero tuvo que reconocer su cansancio y el de sus secuaces; llevaban caminando ya desde el amanecer y podían llegar cansados al objetivo, cuando lo conveniente era una llegada en buena forma física.

Warndon llevaba una mochila, con algunas tortas de alimento, además del odre para el

agua. De pronto, Zaveri pensó que sería conveniente registrar la mochila.

Metió la mano en su interior. Unos segundos más tarde, enseñaba unos diamantes, enormes como puños.

—¡Mirad, muchachos! —aulló, ebrio de júbilo.

Un terrible griterío se produjo entre los forajidos. El único que mantuvo la serenidad fue Vitus, quien no apartaba la vista del cuerpo de Violeta, hacia la cual mantenía constantemente encarado el revólver.

—¡Estúpidos! —bramó—. Sólo son dos diamantes. En Shandor hay más, miles... millones de kilates... Vamos, vigilad a los prisioneros, imbéciles. ¿Es que queréis que el capitán Warndon nos haga una jugarreta de las suyas?

Patapalo fue uno de los primeros en recobrase y miró a Warndon con infinito respeto.

—Capitán, ¿cómo consiguió sobrevivir en el vacío espacial durante quince minutos? —preguntó.

El joven sonrió tranquilamente.

—Basta proponérselo —contestó.

## CAPITULO

### XI

Durante la noche, Violeta se arrastró hasta situarse junto a Warndon. Incluso se abrazó a él, para dar cierta verosimilitud a su gesto, contemplado reticentemente por Thard, de guardia en aquellos momentos.

—Rhys, ¿por qué no has reaccionado? —preguntó ella en voz baja.

—¿Quieres decir que por qué no me he transformado?

—Sí. Yo esperaba...

—Hubiera tenido que abandonarte y había un revólver que apuntaba a tu cuerpo —

contestó él.

—Pero tú habrías podido escapar...

—No conoces bien a Vitus y a su cuadrilla, y eso que tienes motivos de sobra. ¿Es que ya no te acuerdas que Leffin y Zaveri te arrojaron al Gran Canal después de robarte?

—Sí, es cierto —musitó ella.

—Una de las maneras de transformarme es correr a gran velocidad, como lo hice para escapar al acoso de los shandorianos —declaró Warndon—. Ahora mismo podría adoptar la forma de un caballo y tú viajarías sobre mis lomos, pero... ¿correría más que las balas? Si me convirtiese en humo, los proyectiles no me causarían el menor daño, pero no puedo hacer que tú te conviertas también en humo.

Ella suspiró largamente.

—En resumen,  
soy un lastre para  
ti —dijo. Warndon  
rió suavemente.

—¿Un lastre? —repitió—. Pero, ¡qué agradable!

Thard contempló a la pareja. Estaban tendidos en el suelo, estrechamente abrazados, como para darse calor, ya que la noche del desierto era bastante fría. Violeta recordó de pronto la postura y se sintió ruborizada. Quiso separarse de

Warndon, pero él la retuvo junto a sí.

—¿Tan mal te encuentras, que quieres apartarte de mi lado? —preguntó.

Hubo un instante de silencio. Luego, sonriendo en la oscuridad, Violeta agitó un poco el cuerpo, como para acomodarse mejor en el suelo, y se apretó todavía más contra el joven.

—Estoy maravillosamente así —le dijo al oído.

Apoyó la cabeza en su pecho y se durmió plácidamente. Le parecía que acababa de cerrar los ojos cuando oyó unos gruñidos hostiles en las inmediaciones.

—Vamos, arriba, ya es la hora.

Violeta abrió los ojos. Aún no se divisaba la menor claridad.

Los forajidos levantaban el campamento. Warndon se puso en pie, ayudándola a levantarse. Un revólver y un rifle apuntaban al cuerpo de la joven.

Vitus devolvió a Warndon la mochila con la comida.

—Nos quedamos el agua —dijo secamente.

Warndon asintió. Era una forma como otra cualquiera de hacerles saber que ellos tenían la sartén por el mango.

Minutos después, emprendían la marcha. De pronto,

Warndon recordó algo:

—Kid, me pregunto por qué viajáis a Shandor a pie. ¿Acaso no disponéis de vehículo que os ahorre el esfuerzo?

—El guía nos dijo que los motores no funcionan en el desierto de Shom-Hivvom —

contestó Vitus—. No se sabe por qué, pero...

Warndon permaneció impasible. El guía se había burlado del quinteto, pensó, aunque seguía preocupado por los motivos de su estancia en la capital del planeta.

—Conseguiremos los diamantes por kilos —dijo Zaveri de pronto, con acento codicioso—. Los shandorianos son eminentemente pacíficos y muy amables y corteses con los extranjeros.

—Eso os lo ha dicho también el guía, ¿verdad? —preguntó Warndon.

—Sí. Lo único que siento es que sean unas gentes de tan pequeña estatura. Creo que las mujeres son guapísimas...

Warndon y Violeta cambiaron una mirada. Aquella pandilla de forajidos se iba a llevar un terrible desengaño, cuando se enfrentasen con la realidad.

Siguieron caminando. La temprana partida les hizo alcanzar la vecindad de Shandor mucho antes de lo primeramente calculado.

Entonces, a media mañana, divisaron varias nubes de polvo en el horizonte. Poco después, vieron a varios nativos que corrían velozmente en torno a la comitiva.

Vitus trató de entablar contacto con ellos, pero no le hicieron caso y regresaron a toda velocidad. «Exploradores», pensó Warndon.

Un cuarto de hora más tarde, apareció una espesa nube de polvo en el horizonte. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, Vitus y sus acompañantes quedaron completamente rodeados por varios centenares de shandorianos armados con sus lanzas trifoliadas.

Thard tomó la iniciativa de parlamentar con los nativos y avanzó unos pasos, con la mano derecha levantada.

—Paz, amigos —dijo—. Venimos en son de...

Una lanza trifoliada de cuatro metros voló por los aires. Las tres hojas se hundieron profundamente en el pecho de Thard, en cuya cara apareció una expresión de enorme sorpresa.

Después, llegó el dolor. Pero una de las tres hojas había tocado su corazón y se desplomó al suelo, muerto instantáneamente.

Los rifles y los revólveres tronaron en el acto. Warndon agarró a Violeta por la cintura y la hizo echarse al suelo. Varios shandorianos se desplomaron, atravesados por los proyectiles.

Pero el resto de la masa atacó, según una táctica que debían de tener bien ensayada, pensó Warndon. Varios de ellos corrían a toda velocidad desde distintos puntos, esquivando las balas con velocísimos zigzagueos, y arrojaban sus lanzas o se lanzaban a la carga, con ellas enristradas. El ánimo de Vitus y sus secuaces flaqueó cuando vieron caer a Leffin, con dos lanzas hincadas profundamente en su vientre.

—¡Nos rendimos! —chilló Vitus, lleno de pánico, a la vez que tiraba el arma—. ¡Alto, alto...!

El ataque cesó. Zaveri y Patapalo arrojaron también sus rifles.

Duur avanzó, ceñudo, escoltado por una veintena de sus guerreros, que llevaban las

lanzas aprestadas.

Pero el jefe no se dirigió a Vitus.

—¿Por qué has traído a estos hombres a mi país? — preguntó, encarándose con

Warndon.

—Hemos vuelto a la fuerza. Nos hicieron prisioneros —contestó el interpelado. Duur rió burlonamente.

—¿Te imaginas que voy a creerme esa fábula? —contestó —. Tú, cien veces más veloz que el más rápido de los hombres, ¿te has dejado capturar?

—Los proyectiles que disparan sus armas, son mil veces más rápidos que el hombre que es cien veces más veloz que el más rápido —contestó Warndon serenamente—. Y, aunque no sentía miedo por mí, debía velar por mi pareja. Pero antes que yo, les guió otro de tu pueblo.

Duur respingó.

—Hiskur —exclamó.

—¿Se llamaba así?

—Noté su falta hace un par de días, cuando te hicimos prisionero —contestó el jefe shandoriano.

—Estuvo en la capital y se unió a estos hombres. Pero ellos lo mataron después —dijo

Warndon.

—¡Fue un accidente! —mintió Vitus, con un agudo chillido

—. El arma se nos disparó... Duur le miró fríamente.

—Sólo yo- tenía derecho a castigar la traición de uno de mis guerreros —alegó.

—En cierto modo, no fue 'traidor —dijo Warndon—. Hiskur les engañó acerca de vosotros y, además, intentó escapar, para no guiarlos hasta aquí. Yo lo he hecho, porque sabía lo que iba a pasar.

—¡Y no nos avisó! —rugió Zaveri, ebrio de ira al pensar en los cuerpos de dos de sus compinches, que yacían cubiertos de sangre sobre la arena.

—No tengo ningún afecto especial hacia los ladrones y

asesinos —contestó el joven secamente.

Duur hizo un gesto con la mano. Una lanza se apoyó en la espalda de Vitus.

—¡Caminad! —ordenó el jefe de los hombrecillos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó

Warndon. Duur sonrió de un modo especial.

—Son repugnantemente débiles —contestó—. Si quieren salir con vida, tendrán que hacer dos viajes al Barranco de los Esqueletos.

Warndon asintió.

—¿Y nosotros? —preguntó.

—Estáis libres. Nunca quebranto mi palabra, si no me traicionan —respondió Duur. Warndon lanzó un suspiro.

—Gracias, amigo —dijo. Recobró la mochila con la comida y el agua, pero, de pronto, recordó algo y se acercó a Zaveri —. Los diamantes —exigió.

El forajido se los entregó con lágrimas en los ojos.

—No llores; en el Barranco de los Esqueletos tendrás ultrdiamantes a kilos —dijo el joven.

Luego volvió los ojos hacia Violeta.

—¿Sabes montar  
a caballo? —  
preguntó. Ella  
hizo un gesto  
ambiguo.

—No muy bien...

Casi de súbito, un hermoso alazán de largas crines y cola amarilla se materializó en aquel lugar. Vitus creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—Arriba, Violeta —dijo el caballo.

La joven creía soñar. Pero el alazán era de carne y hueso y se colocó a horcajadas sobre sus lomos, a la vez que con una mano se agarraba a las crines y con la otra sostenía el odre. La mochila quedaba a su espalda, sujeta por las correas.

El alazán partió de inmediato. Violeta no estaba muy segura de la integridad de su mente. «En cualquier momento, me caeré de la cama y me daré de bruces contra el suelo», pensó.

Mientras, Vitus y sus secuaces eran conducidos al Barranco de los Esqueletos, al que llegaron una hora más tarde.

Vitus sintió que sus escasos pelos se ponían de punta al ver la profundidad de la sima. Zaveri casi se desmayó.

Patapalo dijo que no bajaría.

—Me falta una pierna; no podría moverme con comodidad

—dijo.

Duur hizo una seña. Dos lanzas hicieron retroceder al antiguo piloto de astronave hasta el borde de la sima. Patapalo cayó al vacío, lanzando un horrible alarido que acabó por perderse en la distancia.

Zaveri enloqueció. Reía y lloraba y pronunciaba frases incoherentes. Duur se dio cuenta de que no podría contar con aquel sujeto y ordenó que lo lanzasen a la sima sin más trámites.

Vitus procuró mantener la serenidad, después de la primera impresión recibida.

—¿Qué pasará después de que haya hecho los dos viajes?

—preguntó.

—Quedarás libre y te daremos en diamantes el décimo de lo que subas. Pero tienes que transportar el total de tu peso en esos dos viajes —respondió Duur.

Vitus reflexionó un instante.

—¿Hay un tiempo límite? —preguntó.

—No, tómate todo el tiempo que necesites.

—Está bien, muchas gracias.

Vitus sonrió para sí. La cosa iba a estar difícil, pero no se trataba de una empresa imposible.

Al atardecer de aquel día, Warndon y su amazona llegaron a la orilla de un río que casi marcaba el límite del desierto de Shom-Hivvom. Warndon eligió un tranquilo remanso y se metió en él sin vacilar, hasta que el agua le llegó al vientre de su forma de caballo.

Violeta le dejó hacer, dándose cuenta de que el joven tenía que sentirse sumamente fatigado. De repente, se encontró en el agua.

Lanzó un chillido. Warndon, recobraba su forma humana, estaba sentado en el fondo, con el agua al cuello. Ella chapoteó un poco y acabó por ponerse en pie, mojada por completo.

—Esto es... ¿ Por qué no me has avisado ? —exclamó, irritada.

Warndon se echó a reír.

—Dicen que los médicos, a veces, recomiendan los baños de impresión —contestó alegremente.

Ella nadó un poco para conseguir que la frescura del líquido penetrara a través de todos sus poros. Luego volvió a la orilla.

Warndon había salido ya. De pronto, Violeta se dio cuenta de que el joven avanzaba hacia ella, con una luz especial en sus ojos.

Antes de que pudiera percatarse de sus intenciones, se encontró en los brazos del joven. Warndon buscó sus labios. Violeta jadeó un poco y luego, cerrando los ojos, se dejó arrastrar por el hechizo del momento.

Más tarde, sentados en la hierba, ya de noche, comieron un poco. Luego, Violeta se tendió hacia atrás y puso las manos bajo su cabeza.

—Rhys, ¿qué nos falta ahora por hacer en Okunor-2? —preguntó.

—Muy poca cosa. Buscar a un antiguo conocido y pedirle las piezas de repuesto para la astronave.

—Y nos volveremos a la Tierra.

—Tú, sí; yo me quedo en Marte.

Violeta se incorporó súbitamente, a la vez que giraba el cuerpo para encararse con Warndon, sentado a su derecha.

—¿Es que no vas a volver conmigo? —exclamó.

—Tú me contrataste para el viaje a Okunor-2. .En el momento en que lleguemos a Marte, terminará mostró pacto.

—Pero es que yo quiero que vuelvas a la Tierra; debes hablar con mi padre...

—Eres una mujer muy hermosa y cuando te tenía en mis brazos no pensaba en que eres la hija de Kewiston James. Pero en la Tierra, estos pensamientos surgirían con frecuencia, prácticamente a diario.

—Y no quieres

problemas en  
tu futuro.

Warndon hizo  
un signo  
negativo.

—Me quedaré en Marte —contestó—. Conozco un lugar muy parecido al punto donde está el refugio de Kset-Nu. Construiré allí un edificio similar y pediré a mi maestro que me haga ser como él es ahora —contestó.

## CAPITULO

### XII

Avanzaban con cautela a lo largo de las calles débilmente iluminadas de la capital del planeta. No se veía un alma fuera de su casa.

—Son muy morigerados —dijo Violeta, con un punto de ironía en la voz.

Warndon le señaló una casa de piedra, cuya puerta estaba iluminada por dos faroles de color rojizo. Violeta creyó oír ruido de voces y risas que salían de su interior.

—También hay quien sabe divertirse —dijo él—. Y si no fuese porque tenemos algo más urgente que hacer, te llevaría para que conocieses el ambiente nocturno de la capital.

Violeta se miró a si misma. Sus ropajes estaban destrozados. Prácticamente, sólo cubrían lo más indispensable de su cuerpo.

—¿Con esta ropa? —dijo.

Warndon se echó a reír.

—Mi amigo Tepit-Za te proporcionará algo para cubrirte.

Parecerás, incluso, una nativa

—contestó.

Un poco más adelante, Warndon llamó a una puerta. Alguien se asomó a la ventana del primer y único piso del edificio.

—¿Quién diablos viene a molestar ahora? —rezongó el hombre—. No tengo nada para vender...

—¿A quién intentas engañar con tus mentiras, hijo de una mula sarnosa? Vamos, abre, Tepit-Za, y no trates de burlarte de nosotros.

Encima de sus cabezas, sonó una exclamación. El hombre de la ventana desapareció, para reaparecer instantes más tarde en la entrada del edificio.

—Capitán Warndon —exclamó el okunoriano.

—Hola, Tepit-Za —sonrió el terrestre

—. Te presento a Violeta. Tepit-Za

escrutó con ojos perspicaces la figura de la joven.

—¿ Tu pareja ? —preguntó.

—No seas indiscreto —rió Warndon—. Anda, vamos para adentro y danos algo de comida y una copa de buen vino.

Entraron en la casa. Violeta se dio cuenta de que era una tienda-almacén donde se vendían los artículos más variados. El aspecto del local era enteramente distinto a los que conocía, aunque su objeto era el mismo de otros similares. Pero todo lo que se vendía allí estaba producido en el planeta.

Tepit-Za les condujo a una pieza posterior, en la que había una mesa y algunos taburetes. Luego trajo algo de carne fría, fruta y una jarra con vino.

—De todos los locos que he conocido, tú eres el mayor,

Rhys —dijo Tepit-Za—. ¿Es que ya no recuerdas que ella te condenó a muerte?

—No lo olvido —contestó Warndon—. Por eso estoy aquí, para pedir tu ayuda.

—Otra muestra de tu locura —rezongó el nativo—. Pero, ¿es que no te das cuenta...? Impasible, Warndon colocó sobre la mesa uno de los ultradiamantes que les había regalado Duur.

—Para ti —dijo.

Los ojos de Tepit-Za chispearon.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Luego te haré una lista —respondió Warndon. Señaló a Violeta con la barbilla—. Antes, ella necesita ropa.

—Tengo vestidos —contestó Tepit-Za—, ¿Dónde está tu astronave?

—En la linde norte del bosque que hay al otro lado del desierto de Shom-Hivvom. Además de las piezas que necesito, tendrás que proporcionarme un vehículo para ir allí. Soy fuerte, pero también mi fuerza física tiene un límite.

—Mucho pides —masculló Tepit-Za—. ¿Irás a ver a Thaydia?

—No —respondió Warndon, tajante.

—Estás condenado a muerte, pero ya conoces la forma de obtener el indulto. Violeta se sintió repentinamente interesada al escuchar aquellas palabras.

—¿Qué debe hacer para conseguir el indulto? —preguntó. Tepit-Za sonrió maliciosamente.

—Pronunciar una sola palabra, en presencia de la corte, como respuesta a la pregunta que le formularía Thaydia, si le atrapase. La pregunta sería: «¿Quieres casarte conmigo?» Adivine usted misma la respuesta, Violeta.

—Oh —exclamó la joven.

—Y si él contesta afirmativamente, ya no necesitará de más ceremonias para convertirse en el rey consorte de Okunor-2 —concluyó el comerciante.

Violeta dirigió una larga mirada al joven. Warndon se llevó su copa a los labios.

—No me casaré con Thaydia —dijo tranquilamente, después de vaciar el contenido de la copa.

Ya habían terminado la cena. Tepit-Za se puso en pie.

—Violeta, acompáñeme —indicó.

Ella siguió al comerciante. Momentos después, entraban en una habitación llena de vestidos femeninos y cuanto se

necesitaba para que una mujer pudiera salir ataviada a la calle.

—Elija a su gusto —dijo Tepit-Za.

Violeta se quedó sola. Durante unos momentos, permaneció pensativa, tratando de averiguar por qué Warndon no había sido enteramente sincero con ella.

¿Qué tenía aquel hombre, se preguntó, para que la reina de un planeta como Okunor-2

quisiera convertirlo en su esposo?

Lo averiguaría, se prometió a sí misma.

Minutos más tarde, regresó a la sala. Ahora vestía una túnica de cuello amplio, mangas cortas y color azul claro, con adornos negros en los bordes. Sus rodillas quedaban al descubierto y, en lugar de las botas usadas hasta entonces, se había puesto unas sandalias ligeras, sujetas por cordones a la pantorrilla. La túnica quedaba sujeta por un ancho cinturón negro, con hebilla de falsa pedrería, muy vistoso, dado que era producto de la artesanía nativa.

—Una visión muy reconfortante —elogió Tepit-Za maliciosamente.

Violeta fijó su mirada en el rostro del joven. «¿Soy menos hermosa que Thaydia?», le preguntó en silencio.

De pronto, llamaron a la puerta.

Tepit-Za emitió un gruñido de enojo.

—Siempre hay un cliente rezagado —masculló.

Abandonó la sala y cruzó el almacén. Warndon y Violeta quedaron a solas.

—Tenemos que hablar muy seriamente —dijo ella.

—Si.

Pero no pudieron hacerlo. En la puerta se oyó un gemido ahogado. Luego sonó ruido de pasos rápidos.

Varios hombres, extrañamente vestidos con unos brillantes uniformes, irrumpieron en la estancia. Uno de ellos, indudablemente el jefe, llevaba en la mano una especie de pistola, de la que brotó un rayo de luz vivísima, dirigido directamente a la frente de Warndon.

—¡No se muevan! —ordenó el jefe de la patrulla—.

Capitán Warndon, le comunico que está arrestado por orden de Thaydia, nuestra reina.

Violeta se puso pálida. ¿Qué significaba aquel rayo de luz que padecía clavado en la frente del joven?

—La reina me ha dado, además, otra orden: si usted intenta usar sus facultades polimórficas, daré la máxima intensidad a mi descarga y le quemaré el cerebro —agregó el oficial.

—No resistiré —declaró Warndon con voz opaca—. Sólo deseo saber una cosa.

—¿Sí, capitán?

—¿Qué intención es tiene la reina con respecto a mí pareja?

—Lo ignoro. Sólo me ha dado orden de conducirles a los dos a su presencia. Warndon suspiró y se puso en pie.

—Vamos, Violeta —dijo, a la vez que alargaba su mano derecha.

Ella puso la suya en la mano del joven. El oficial se echó a un lado, pero, en todo momento, el rayo de luz seguía pegado a la cabeza de Warndon.

Salieron a la tienda. El cuerpo de Tepit-Za yacía en el

suelo, convertido en un informe montón de carne quemada. Violeta apartó la mirada, para no contemplar aquel horrible espectáculo. Pero fue suficiente para imaginarse lo que le sucedería a Warndon si intentaba resistirse, y ello le hizo 'sentir en la piel un frío glacial.

\*

\*

\*

La habitación estaba sobriamente decorada, aunque los muebles eran cómodos. Había una gran ventana, fuertemente protegida por un sólido enrejado, desde la que se divisaba una gran perspectiva de la capital. Sobre una mesa, situada en el centro de la estancia, había frutas y una jarra con vino.

—Al menos, no nos tratan mal..., por ahora —dijo Violeta, rompiendo un largo silencio en que habían caído, después de su captura.

Warndon permanecía en un sillón, con la cara apoyada en una mano, dando profundas señales de estar concentrado en sus pensamientos.

—¿No me contestas? —preguntó ella, en pie junto a la mesa.

Warndon alzó la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó.

—Me debes unas explicaciones, supongo.

—¿Estás segura?

—Al menos, opino de ese modo. Salvo que me hayas considerado como una más de tus conquistas.

—Eres injusta conmigo. Pero también demasiado optimista, con respecto a ti misma.

—¿Por qué?

—Ya te dije cuáles eran mis intenciones; volver a Marte, después de terminar aquí. Violeta entornó los ojos.

—¿Piensas construir una casa como la de Kset-Nu, para encerrarte allí veinte años, dedicados a la meditación?

—Sí, aunque no permaneceré todo el tiempo encerrado. Además, la casa será mucho mayor y tendrá otras cosas de las que carece la de Kset-Nu. Los estudios no han de ser constantes de una manera absoluta. Incluso en esto se necesitan períodos de descanso... y de una moderada diversión.

—¿Y cuando hayan pasado esos veinte años?

—Quizá siga viviendo allí, en paz conmigo mismo. Y con los demás, por supuesto.

—Pero... eres joven, necesitas casarte..., una pareja... Warndon sonrió amargamente.

—Temo que mis proyectos se han quedado en nada —contestó.

—Thaydia te quiere para esposo —dijo Violeta, con el rostro lleno de sombras.

—Estoy pensando en si me conviene ceder o resistirme. Todavía no sé qué haré, aún no he llegado a una decisión al respecto.

Violeta se horrorizó.

—¿Es que prefieres morir antes que ser esposo de Thaydia, una mujer hermosa, según creo?

Warndon no pudo contestar. La puerta se abrió

bruscamente y, el mismo oficial que les había capturado, apareció en el umbral.

—La reina aguarda —anunció.

Warndon se puso en pie. Violeta sintió que sus aprensiones crecían todavía más. Cruzaron unos pasillos. Poco después, entraron en una vasta estancia, ricamente adornada, con un enorme ventanal, parcialmente abierto, al otro lado del cual se divisaba una extensa terraza llena de plantas y flores.

Había una hermosa mujer tendida lánguidamente en un diván. Era bellísima, reconoció Violeta, pero adivinó dureza e implacabilidad en sus hermosos ojos azules. El pelo, muy largo, parecía de hilos de oro y caía libre y suelto por los hombros desnudos.

La vestimenta de Thaydia era muy sucinta: peto de tejido dorado y una especie de *shorts* de la misma tela. Sonreía de una manera especial; a Violeta le pareció la sonrisa de una serpiente.

—Hola, Rhys —saludó con voz aparentemente amable—.

¿Ella es tu pareja? —  
preguntó.

—Mi acompañante. Mejor dicho, yo soy su acompañante. Se llama...

—Lo sé. Estoy bien informada de tus menores pasos, Rhys.

—Seguramente, por un shandoriano traidor.

Violeta comprendió en aquel momento los motivos de la presencia de Hiskur junto a

los forajidos. Pero siguió prestando su atención a Thaydia, de cuyos rojos labios no se borraba la sonrisa un solo momento.

—Siempre hay traidores que aceptan colaborar por... lo que sea. A Hiskur le prometí ser como nosotros. Estaba cansado de su estatura —manifestó Thaydia con aparente acento de indiferencia.

—¿Puedes conseguirlo? — preguntó Violeta. Thaydia la miró un tanto despectivamente.

—Soy capaz de conseguir cosas de las que no tienes la menor idea —contestó.

—Salvo de conseguir que un hombre te ame voluntariamente.

Thaydia se incorporó bruscamente en el diván. Pero, de pronto, se echó a reír.

—Y eso, ¿qué importa? —dijo—. Warndon será mi esposo.

—Puedo preferir la condena a muerte —manifestó el aludido. Los ojos de Thaydia le miraron con hipnótica fijeza.

—En tu caso, no lo dudo —dijo—. Pero si puedes disponer de tu vida, no puedes disponer, en cambio, de la de tu pareja.

Warndon apretó las mandíbulas. Violeta, al comprender el significado de la frase, lanzó un grito *r*.

—¡Cómo! ¿Acaso piensas matarme si Rhys no se casa contigo?

—No lo dudes —respondió Thaydia fríamente—. Pero, además, si no estoy mal informada, viniste a mi planeta con otro motivo.

—Ya no existe ese motivo —declaró Violeta.

Thaydia lanzó una risita. Alzó una mano y la puerta se abrió de pronto.

Un hombre entró en la sala, corriendo desalentadamente, a la vez que emitía agudos gritos de súplica:

—¡Thaydia! ¿Por qué me abandonas? ¡No quiero que me dejes solo...! Tú sabes bien que estoy loco por ti... Haré lo que me digas, todo lo que me ordenes...

Violeta sintió en aquel momento que la cabeza le daba vueltas. Al cabo de unos instantes, mientras el recién llegado, arrodillado a los pies de Thaydia, acariciaba casi llorando una de sus manos, se volvió hacia Warndon.

—¿Es un truco polimórfico de ella... o es realidad, Rhys? —preguntó.

—Estoy tan sorprendido como tú —dijo Warndon—. Tenía la completa seguridad de que Phil Nedsell había muerto...

—Pero está vivo —exclamó Thaydia—. Y por conseguir mi amor, sería capaz de cualquier cosa.

—Sí, sí —gritó Nedsell, sin abandonar su postura—.

Dime qué he de hacer... Obedeceré en el acto; haré cualquier cosa...

—No creo en lo que está diciendo ese hombre —exclamó Violeta, con visible repugnancia—. Las palabras salen de su boca, pero no están dictadas por su razón.

—En parte, es verdad; está medio loco, aunque sea una locura muy especial: la del hombre enamorado. Pero ninguna mente ajena le ha dictado lo que acaba de decir —intervino Warndon.

Thaydia sonrió satisfecha.

—Eres muy perspicaz, Rhys —dijo—, aunque, claro, siempre lo fuiste. ¡Phil! —exclamó de súbito—. ¿Ves a esa mujer? ¿La matarás si yo lo ordeno?

Nedsell volvió la cabeza. Entonces pareció reparar en las dos personas que estaban en la sala.

Violeta contuvo la respiración unos segundos. Nedsell había estado enamorado de ella, aunque comprendía perfectamente que el paso del tiempo hubiese afectado a sus sentimientos. Pero Phil debía recordarla todavía, no era posible que se hubiese olvidado de ella de un modo absoluto.

La respuesta de Nedsell borró de golpe sus ya escasas esperanzas.

—¡Dame la orden y la mataré inmediatamente! —gritó.

## CAPITULO

### XIII

Los ojos de Nedsell brillaban demencialmente. Violeta adelantó el busto.

—¿Es que no me reconoces, Phil? —preguntó.

—¡Claro que te reconozco! Pero no me importas absolutamente nada —respondió

Nedsell—. Yo sólo amo a Thaydia...

—Basta por ahora, Phil —dijo la aludida—. Sal y aguarda unos momentos; mis huéspedes y yo queremos hablar.

—Pero yo quiero estar a tu lado...

—Sal, te lo ruego; luego vendrás y estaremos juntos mucho rato.

Nedsell se puso en pie torpemente. Miró un instante a Violeta y luego fijó la vista en

Warndon.

—¿Para qué has traído a ese hombre aquí? —gruñó hostilmente.

—¿No te parece que estás tardando demasiado en obedecer?

Nedsell dijo algo en voz baja y luego, caminando con paso inseguro, abandonó la sala.

—Puedes sentirte orgullosa —dijo Violeta—. De un hombre, has conseguido un pingajo.

Thaydia se encogió de hombros.

—Yo no le llamé; él vino... y se quedó —respondió.

—Creíamos que había muerto —dijo Warndon pensativamente—. Encontré su reloj en el Barranco de los Esqueletos.

—Dijo que se lo habían robado uno de los primeros días de su estancia en Okunor-2 —

respondió Thaydia—. Seguramente, el ladrón fue luego a Shandor y murió allí.

—Rhys, ¿no será un espejismo lo que hemos visto, provocado por esa mujer? —

preguntó Violeta.

Warndon hizo un signo negativo.

—Desgraciadamente, «eso» que hemos visto es un hombre de carne y hueso —

confirmó—. Enloquecido por los encantos de la mujer que tienes frente a tí —añadió.

—Los mismos encantos que tú desprecias, Rhys —dijo Thaydia.

—Nunca he despreciado tu belleza.

Thaydia dejó de sonreír en el acto. La alusión era demasiado clara.

—Quieres decirme que tengo el corazón de hielo, que soy una fiera... Me desprecias porque no soy como tú, el hombre duro e incorruptible...

—Nuestros modos de pensar son diametralmente opuestos —contestó Warndon sin perder la serenidad.

—Estaba equivocada —exclamó Thaydia despectivamente—. No eres duro, sino débil, terriblemente débil... y para gobernar este planeta la debilidad no sirve. Pero no te preocupes, no te pediré que colabores en las tareas de gobierno. Sólo necesito que seas mi esposo.

—Y no me queda otro remedio que acceder. Thaydia volvió a sonreír.

—Ella morirá, en caso contrario —dijo.

—¿Qué garantías me ofreces, si él acepta? —preguntó Violeta.

—Mi palabra.

Hubo un momento de silencio. Luego, Violeta, con el pecho tempestuosamente agitado, miró al joven.

—Acepta, Rhys —dijo.

Warndon demoró su respuesta unos segundos. Cuando habló, mencionó otro tema.

—En los últimos tiempos, te has provisto de armas nuevas —dijo—. No conocía el rayo tractor que nos lanzó contra la superficie del planeta.

—Los ultradiamantes que le compro a Duur me proporcionan cuanto deseo —respondió Thaydia—. Los mercaderes de armas están ansiosos de traficar conmigo.

—Sí, pero todas esas riquezas no te conceden, precisamente, lo que más deseas. Thaydia se echó a reír.

—Ahora tengo otro medio de comprarte —exclamó.

—No entiendo —dijo Violeta de repente—. ¿Por qué tanto interés en casarse contigo? Está enamorada..., pero me parece que eso no es suficiente.

—Hay una razón —explicó Warndon—. Ninguno de los iniciados en la Suprema Ciencia, es decir, ningún ser polimórfico, quiere ser su esposo. Podría casarse con un ser vulgar, pero su descendencia carecería de esas propiedades.

—Creo que entiendo —murmuró la terrestre—. Tú eres polimórfico, aunque no sea por herencia, pero puedes transmitir tus propiedades a tus descendientes.

—Sí, siempre que mi pareja tenga las mismas propiedades —confirmó Warndon.

—Y, ¿por qué no quiere casarse ningún polimórfico con ella?

Warndon miró a Thaydia oblicuamente.

—Una de las cosas que han abandonado todos los polimórficos es la ambición —

respondió significativamente.

Thaydia se puso encarnada hasta el nacimiento de los senos.

—¡Basta! —cortó—. Es necesario tomar una decisión. Ya no esperaré más, Rhys. O

accedes a casarte conmigo o llamaré a Phil Nedsell.

Warndon enseñó las palmas de las manos.

—No me dejas otra alternativa —

contestó. Los ojos de Thaydia brillaron de júbilo.

—¡Capitán! —llamó.

La puerta se abrió. El oficial que había arrestado a la pareja apareció en el umbral.

—¿Señora?

—Acércate. Quiero que seas testigo de mi boda con el capitán Rhysman Warndon, de la Tierra.

Warndon se volvió al oficial.

—Apenas se haya celebrado el matrimonio, deberás acompañar a la señorita James y cuidar de su seguridad —indicó—. Ella es libre a partir de este momento.

El oficial se inclinó.

—Así se hará, señor —respondió.

Violeta se mordió los labios. Unos segundos más tarde, pensó, Warndon sería el marido de aquella cruel y hermosa mujer.

Thaydia sonreía triunfante.

—Rhysman Warndon, de la Tierra, ¿me aceptas como esposa, a mí, Thaydia, reina de

Okunor-2?

Violeta cerró los ojos. «Ahora, él dirá sí y todo habrá acabado», pensó. Pero, de repente, se oyó un rugido inhumano.

—¡No, no lo consentiré! Tú eres mía..., me lo prometiste...

Saltando ferozmente, Nedsell irrumpió en la estancia. Llevaba en la mano una especie de puñal, muy largo, que blandía enloquecidamente.

—Dijiste que serías mi esposa... No puedo consentir que te cases con otro... Thaydia gritó.

Pero ya era tarde.

El puñal se hundió en su pecho hasta la empuñadura. La sangre salpicó al homicida, quien, completamente cegado, repitió el golpe.

Thaydia chilló horrorosamente. Un tercer golpe segó su hermosa garganta casi por completo. Cayó al suelo, sangrando espantosamente, mientras los espectadores de la escena, tan rápidamente desarrollada, no acababan de reaccionar.

El oficial de la guardia fue el primero que lo hizo. Sacó su pistola radiante y carbonizó a Nedsell de un solo disparo.

\*

\*

\*

—Nunca he acabado de comprender cómo Thaydia no usó sus propiedades polimórficas —dijo Violeta.

Warndon estaba sentado ante los mandos de la astronave, ya reparada. Habían cesado los motivos de su estancia en Okunor-2 y se disponían a emprender el regreso.

—Le faltó serenidad —dijo él.

—¿Cómo?

—La intempestiva entrada de Nedsell la aturdió. Aunque sea inmodesto decirlo, toda su atención estaba centrada en mí. No tuvo tiempo de concentrarse profundamente y ello le

resultó fatal.

—Parece que cambiar de forma no resulta tan fácil como parece —observó ella jovialmente.

—No es fácil, desde luego. Quizá Thaydia pensaba qué forma le convenía mejor en aquellos momentos. No lo sé, no lo sabremos nunca. Simplemente, tardó en actuar, eso es todo.

Violeta asintió.

—Bien —dijo, tras un hondo suspiro—. Volvemos a casa. Rhys, este viaje me ha hecho aprender muchas cosas.

—Quizá no todas las que necesitas —contestó él.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que te falta por aprender, debes conseguirlo por ti misma.

Violeta se quedó muy pensativa. Pero la nave despegaba ya y se dispuso a contemplar el panorama con toda tranquilidad.

Poco más tarde, Warndon anunció que el piloto automático había entrado ya en funcionamiento. Okunor-2 no era sino una bola brillante en el firmamento.

De repente, se oyó una voz en la cabina de mando:

—Gracias por haber puesto en funcionamiento el piloto automático, capitán.

Warndon y Violeta se volvieron en el acto, terriblemente sorprendidos.

En la puerta, a cuatro pasos de distancia, Kid Vitus sonreía torvamente, a la vez que les apuntaba con un revólver de seis tiros.

—Es una lástima que me viese obligado a abandonar mi nave —añadió—. Pero no quería que nadie compartiese mi secreto.

—Y por eso te colaste de polizón en la nuestra, ya que no sabes pilotar una astronave —adivinó Warndon.

—Exactamente. Bueno, puedo arreglarme para el despegue y el aterrizaje, pero lo demás resulta demasiado complicado para mí.

—Vinieron cuatro forajidos contigo, Vitus —dijo Warndon—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Dos murieron a las primeras de cambio. Zaveri y Leffin están convirtiéndose en esqueletos..., en el Barranco de los Esqueletos —rió el individuo cínicamente.

—Un momento —intervino Violeta—. Si ese hombre está aquí, es porque bajó y subió...

—Exacto, mi hermosa señorita James —corroboró Vitus, sin dejar de sonreír—. Bajé y subí por dos veces, y cada vez subí la mitad de mi peso en ultradiamantes. El generoso Duur me concedió como recompensa la décima parte de la «cosecha».

—Unos siete kilos —calculó Warndon.

—Si, más o menos. Bueno, esto es la riqueza para mí; dejaré el negocio de los préstamos y me dedicaré a atender a las chicas hermosas, como la señorita James. El viaje es largo, pero llegará el momento en que el aburrimiento sea tan grande, que ella no tendrá otro remedio que, diciéndolo poéticamente, caer en mis brazos.

—Y a él lo  
matará —  
adivinó  
Violeta.

Vitus asintió.

—

Ahora  
mismo

—

dijo.

Y

apretó  
el  
gatillo.

Sonó la detonación y un poco de humo brotó del arma. Pero, en el mismo instante, Warndon movió la mano como si empuñase una raqueta.

Fue un movimiento imposible de seguir con la mirada.

Violeta se dio cuenta de que

Warndon alzaba la mano, pero creyó que todavía estaba levantándola cuando ya bajaba.

Vitus chilló ahogadamente. Violeta divisó en su pecho una mancha roja que se extendía con rapidez. Las piernas del prestamista se doblaron y rodó por el suelo de la nave.

Warndon se miró la palma de la mano derecha, en la cual había una ligera hinchazón, un trozo de carne enrojecida. Violeta contempló aquella manchita con ojos de pasmo.

—Le... has devuelto... la bala... de un manotazo... — tartamudeó, estupefacto, al adivinar lo ocurrido.

—Sí —contestó él lacónicamente.

Luego se inclinó y recogió el cadáver de Vitus.

—Otra víctima de la ambición —murmuró.

Poco después, volvió a la cabina de mando con un saquete en las manos, que entregó a la joven. Violeta lo volcó sobre su sillón y contempló arrobada el fulgurante montón de ultradiamantes que habían sido el botín de Vitus.

—Tu padre me envió a Okunor-2 para conseguir un cargamento de estas piedras

preciosas —dijo Warndon—.

Cuando volví, después de tres años largos, sin conseguir lo que él quería, me despidió. Phil vino también por la misma razón. Ya conoces su fin.

Violeta guardó silencio, profundamente pensativa. Cuando se percató de la ausencia del joven, corrió en su busca.

Warndon estaba ya aplicándose la inyección de la droga narcótica.

—Me hubiera gustado hablar contigo —dijo ella.

—Todavía no es tiempo —respondió Warndon—. Dijiste una vez que habías aprendido muchas cosas y yo te dije que faltaban algunas, pero que debías aprenderlas por ti misma. Cuando creas que lo has conseguido, ven a buscarme.

De pronto, se pasó la mano por el mentón y se echó a reír.

—La barba no me sirvió de nada —exclamó—. Salvo para pasar largos ratos meditando y concentrándome, mientras me hallaba bajo la acción de la lámpara aceleradora.

Agitó la mano y se fue a su cámara. Violeta le miró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué es lo que me falta por aprender? —se preguntó.

\*

\*

\*

El hombre vestía sencillamente: blusa holgada, pantalones cortos y unas simples sandalias. En la mano tenía una regadera, con la que humedecía las hojas de los rosales.

Silbaba una cancioncilla al mismo tiempo que trabajaba. De pronto, llamaron a la puerta.

Warndon se volvió. Salvo en el cuarto de baño, la casa, mucho más grande que la del desierto de Shom-Hivvom, era transparente desde el interior.

A través de los muros de vidrio, vio la figura de una mujer, sencillamente ataviada y con el pelo suelto. Violeta agitó una mano, segura de que él la veía desde dentro.

Warndon caminó sin prisas. Dado que la casa había sido construida en Marte, estaba dotada de esclusa de aire para las visitas.

Violeta entró momentos después. Sonreía dulcemente.

—Creo que ya he aprendido lo que me faltaba —dijo.

—¿Sí?

—He dejado atrás la ambición.

Warndon hizo un leve gesto de aquiescencia. Elevó el brazo derecho y rodeó los hombros de la joven.

—Has dejado atrás la ambición y todo lo que ello comporta: riquezas, envidias, celos, egoísmos... En el presente y delante de ti está el amor, que lo da todo —dijo.

—Sí, ahora lo sé.

—No hace falta ser un asceta para vivir apaciblemente. El mundo tiene cosas buenas que permiten gozar de la dulzura de la existencia, siempre que se tomen moderadamente: una flor, una copa de vino, la risa de una mujer...

—Las risas de unos niños —dijo ella intencionadamente.

Warndon sonrió.

—También pueden incluirse entre las cosas buenas de la vida —contestó.

—Me asalta una duda, querido —exclamó Violeta de pronto.

—¿Sí?

—Nuestros hijos, ¿serán polimórficos como tú?

—No te preocupes por ahora. Dejemos que ellos resuelvan ese problema cuando lleguen a mayores.

—Si, tienes razón. Ah, se me olvidaba una cosa, Rhys.

—¿De qué se trata, Violeta?

—Kset-Nu ha venido conmigo. Dice que quiere estar presente cuando me preguntes si quiero ser tu esposa.

Warndon miró hacia afuera. La figura de su anciano maestro aparecía ante el umbral de la casa. Kset-Nu habría podido entrar, filtrándose a través de las paredes, pero le parecía indiscreto irrumpir en un hogar ajeno, sin permiso de su dueño.

—Ven con nosotros, maestro —llamó.

—Estaré sólo unos minutos —dijo Kset-Nu, sonriendo—. Hay una ambición de la que jamás se podrán desprender unos enamorados.

—¡Imposible! —exclamó Violeta—. Yo he dejado de ser ambiciosa...

—¿A qué te refieres, maestro? —preguntó Warndon.

—A la ambición de quedarse a solas, perfectamente justificable, por otra parte —  
respondió Kset-Nu, a la vez que  
sonreía maliciosamente.

F  
I  
N